

La Ilustración Artística



Artística

Año XXV

← BARCELONA 7 DE MAYO DE 1906 →

Núm. 1.271

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LEA, estatua; de Eugenio Maccagnani
(Exposición Internacional de Arte, de Venecia. 1905.)



Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Las mujeres en Galdós*. *Marianela*, por Angel Guerra. — *Juan B. Goitia*. — *Los Juegos Olímpicos de Atenas*. — *Barcelona*. *La inauguración de la temporada del tiro de pichón*. — *La Exposición de Milán*. — *Bellas Artes*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *El falsario*, novela ilustrada (conclusión.)

Grabados. — *Lea*, estatua de Eugenio Maccagnani. — Dibujo de Cutanda que ilustra el artículo *Las mujeres en Galdós*. *Marianela*. — *Inocencia*, busto de Enrique Clarassó. — *Barcelona pintoresca*. *Plaza Aribau*. — *Patio de la casa Dalmaes*. — *Iglesia del Pino*. — *Patio del Hospital*, dibujos al carbón de Juan B. Goitia. — *Milán*. *Exposición Universal inaugurada por los reyes de Italia*. — 1. *Puerta monumental de la Exposición*. — 2. *Pabellón belga*. — 3. *Pabellón francés del Arte Decorativo*. — 4. *Pabellón de la Higiene*. — 5. *Avenida principal y palacio de las Bellas Artes*. — *Atenas*. *Los Juegos Olímpicos del presente año*. *Los campeones dinamarqueses á bordo del buque que los conduce á Grecia*. — *El príncipe Jorge de Grecia*, nombrado juez de los Juegos Olímpicos, saludando al coronel de artillería Balla. — *Ejercicios gimnásticos de las damas dinamarquesas*. — *El último refugio*, cuadro de Poppe Folkerts. — *Primavera*, cuadro de Carlos Hartmann. — *Barcelona*. *Inauguración de la temporada del tiro de pichón por la Real Asociación de cazadores*. — *Música*, busto en bronce de Edita Downing. — *París*. *Inauguración de la estatua de Franklin*, obra de John J. Doyle, regalada á la ciudad de París por Mr. John Harjes.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El asesinato de un guardia de orden público, en la calle, cuando cumplía sus deberes, ha provocado un derroche de manifestaciones y protestas contra la golfería y el hampa que inundan las calles de Madrid. No parece sino que, mientras el hampa no degüella, el hampa no existe, el hampa no molesta y el hampa no es un escándalo, una vergüenza inveterada y una sarna moral ignominiosa.

Pues qué, antes de haberse esgrimido la faca contra ese desventurado, ¿estaba ociosa, por ventura, el arma de los cobardísimos matones populacheros? No ciertamente. Se cebaba en el cuerpo de mujeres infelices, que se habían resistido á la brutalidad ó que habían causado una mortificación celosa al salvaje amor propio de los hampenes. Funcionaba activamente en los Cuatro Caminos, á la puerta de las tabernas, en los merenderos y en las casas llanas. Dirimía las contiendas, resolvía los casos de punto de honra del vastísimo patio de Monipodio que constituye la villa y corte. Porque el hampa existe en todas las grandes ciudades; lo sabemos aun sin haber leído en folletín *Los misterios de París* y *Los misterios de Londres*, sin conocer los estudios de Máximo Gorki sobre los «bajos fondos» de San Petersburgo... Lo que no sucede en parte alguna sino en Madrid, es que el hampa domine y obstruya, literalmente, la ciudad entera, y en especial sus vías más concurridas y suntuosas; que el hampa ande mezclada íntima, inseparablemente, á lo que no es hampa, y que en el hampa nos movamos, vivamos y seamos todos cuantos tenemos en Madrid nuestra residencia.

El hampa que degüella no es sino un resultado matemático, preciso, fatal, del hampa que estorba, del hampa pedigüena, insultadora, chirigotera, quebradora, descuidera, colillera, zurcidora de voluntades, procaz, ociosa, que nos infesta sin que nunca se intente la represión de sus demasías. Cuando el hampón ve que un día tras otro se le consiente molestar, injuriar, dirigir burlas, escandalizar con palabrotas, proferir denuos contra el primero que pasa, pisotear adrede la falda de las señoras, encarrarse con ellas, meterse donde no tiene entrada, arrollar á los que sí la tienen, amenazar de muerte al que no le da limosna, hurtar bajo la mirada paternal de la policía, arrancar las flores y los adornos de los coches en Carnaval, atracar en los sitios solitarios... ó á dos pasos de la Puerta del Sol, correr tras una infeliz demente y echarla al suelo y hacerla poco menos que trizas..., en fin, todas las proezas que á ciencia y paciencia de la autoridad se ejecutan en las peligrosas calles de Madrid... Cuando el

hampón, repito, se ha convencido plenamente de que aquí le es permitido todo y que su ilegal libertad oclocrática no reconoce freno..., el hampón sería más metafísico que el propio doctor Escoto, el Sutil, si creyese que teniendo á su disposición la tranquilidad, el decoro, la bolsa, el pudor, el sufrimiento de los transeuntes, no debe tener también á su merced los pescuezos, las yugulares y las tráqueas de los guardias que se atreven á intentar reprimirle.

Semejante estado de cosas—dicen los que han estudiado á la luz de la ciencia sociológica esta cuestión—tiene su profilaxis en la escuela primaria. Es una cuestión de pedagogía. Así lo creo. Los pueblos ineducados se conocen á tiro de ballesta. Sin embargo, Portugal (aunque nos es superior en la enseñanza, á la cual dedica mayor cuidado y más dinero que dedicamos nosotros), no puede compararse, en el desarrollo de su instrucción pública, á países del Norte de Europa como Dinamarca, Noruega, Suecia y Finlandia; y sin embargo, en las calles de Lisboa no se ve el hampa, se ve el pueblo, ¡una cosa tan distinta! El pueblo no usa en ninguna parte guante blanco; pero el pueblo no es horda de mendigos y ladrones; el pueblo no se echa á la calle á satisfacer depravados instintos. Y por las calles de Lisboa se puede andar á pie..., género de peligroso sport al cual, si Dios no le remedia, será preciso renunciar en Madrid muy pronto.

Acaso, pues, además de la pedagogía, influya en esto el carácter, y de seguro influye, en más de la mitad ó de las tres cuartas partes, la falta de energía en la represión, la lenidad y escasez de vigilancia de cuantos tienen por oficio establecer el orden, la urbanidad y el decoro. ¡Ojalá que ellos la conociesen y practicasen sin cesar!

Porque es preciso añadir esta triste observación: hay gente muy buena, muy valerosa, hasta abnegada, entre los municipales, guardias, etc.; pero, con sobrada frecuencia, he tenido ocasión de comprobar que el *estilo* de los agentes de la autoridad se parece, como una gota á otra gota, al *estilo* de la golfería... A la puerta del teatro Español, no eran golfos los que he visto reunirse en corro para hacer chacota de un mísero cochero, que no se había extralimitado en nada, que permanecía inmóvil en su pescante, esclavo de su obligación, mudo por fuerza, y seguramente temblando de rabia por dentro ante aquel certamen de pullas y de insultos... No eran golfos los que he visto, en Carnavales, dirigirse á un señorito inofensivo, que no se metía con nadie, é interpellarle llamándole «tonto» y «majadero» de buenas á primeras. No eran golfos los que, requeridos para auxiliar á unas señoras que tenían derecho á pasar por determinado sitio, derecho que habían comprado adquiriendo una tribuna vendida por el Ayuntamiento y á la cual se dirigían; derecho que no podían ejercitar porque una piña de hampones se lo estorbaba, contestaron al requerimiento con groserías y encogimientos de hombros. Y este *estilo* es el que pide á gritos ser desechado, reemplazándose el *estilo* moderno de las grandes ciudades europeas, donde la autoridad es educada y educadora.

¡Qué de catástrofes, qué de conflagraciones, qué de destrozos, ruina y muertes cruentas han ocurrido en el agria primavera de 1906, la cual se nos ha presentado envuelta en chales de lana y zaleas de vellón de cordero, tiritando de frío, casi sin flores, con las lilas atrevidas y la fresa pasmada!

Esta insólita aparición de la primavera ha ocasionado perturbaciones en todos los órdenes, hasta en los más vulgares y modestos, de la vida. Los sombreros de paja—por ejemplo—están en un espantoso ridículo. Salieron á los escaparates, con el acostumbrado aparato de cintas, flores, gasas, moños, pájaros, hebillas, broches, encajes y piquillos. Y las madrileñas, tan aficionadas á exhibirse en Recoletos ó en la calle de Alcalá con el nuevo modelo de la estación, graciosamente ladeado sobre los peinados de última, ni aun se decidieron á arrimarse al vidrio para admirar desde afuera estas creaciones de la moda y fantasear su coste probable... Allí se quedaron los sombreretes, mustios y olvidados hasta que el sol brille y el aire se vuelva tibio y halagador... Y se le dieron quince ó veinte «golpes» más

á los vejestorios del invierno, al fieltro, al terciopelo, á la felpilla... ¡Buenos están aún! Rizarles y esponjarles las plumas, enderezarles el alambrado, limpiarlos rabiosamente con el cepillo, y ¡adelante! Los padres y maridos, frotándose las manos, se echan su cuenta: «Hasta mayo no me exigen un céntimo para el equipo de verano: mejor, se respira.» En cambio, las modistas de sombreros reniegan de esta especie de neurosis planetaria que se llama erupción en Nápoles, terremoto en California y frío glacial en Madrid...

Asusta la corta diferencia que existiría entre este planeta nuestro y otro en el cual absolutamente no se pudiese vivir, donde todo se hundiese y desmoronase, se hiciese cisco ó no pudiese ni llegar á construirse. Los temblores de tierra, algo más frecuentes é intensos, bastarían para ¡que no hubiese arquitectura, para que no surgiesen las catedrales, el Partenón, las soberbias pagodas indianas y los obeliscos y pirámides del Egipto... Son habas contadas; la arquitectura pide estabilidad, y si el globo temblase á cada momento, la humanidad se contentaría con casetas de caña, lodo y granzones...

Las tristes circunstancias parecen haber influido también en los preparativos de las fiestas próximas. No se notan aún el movimiento y la agitación que acompañan á este género de acontecimientos, y me parece malísima señal; un mes, ya escaso, es muy poco tiempo para todo lo que es preciso hacer, si las fiestas no han de salir atropelladas, desbaratadas é incluso peligrosas para el orden público—como sucedió con las de Cervantes.

En todo festejo hay mucho que no puede ejecutarse sino á última hora, pero hay mucho que debe prevenirse, único medio de evitar conflictos y atropellamientos.

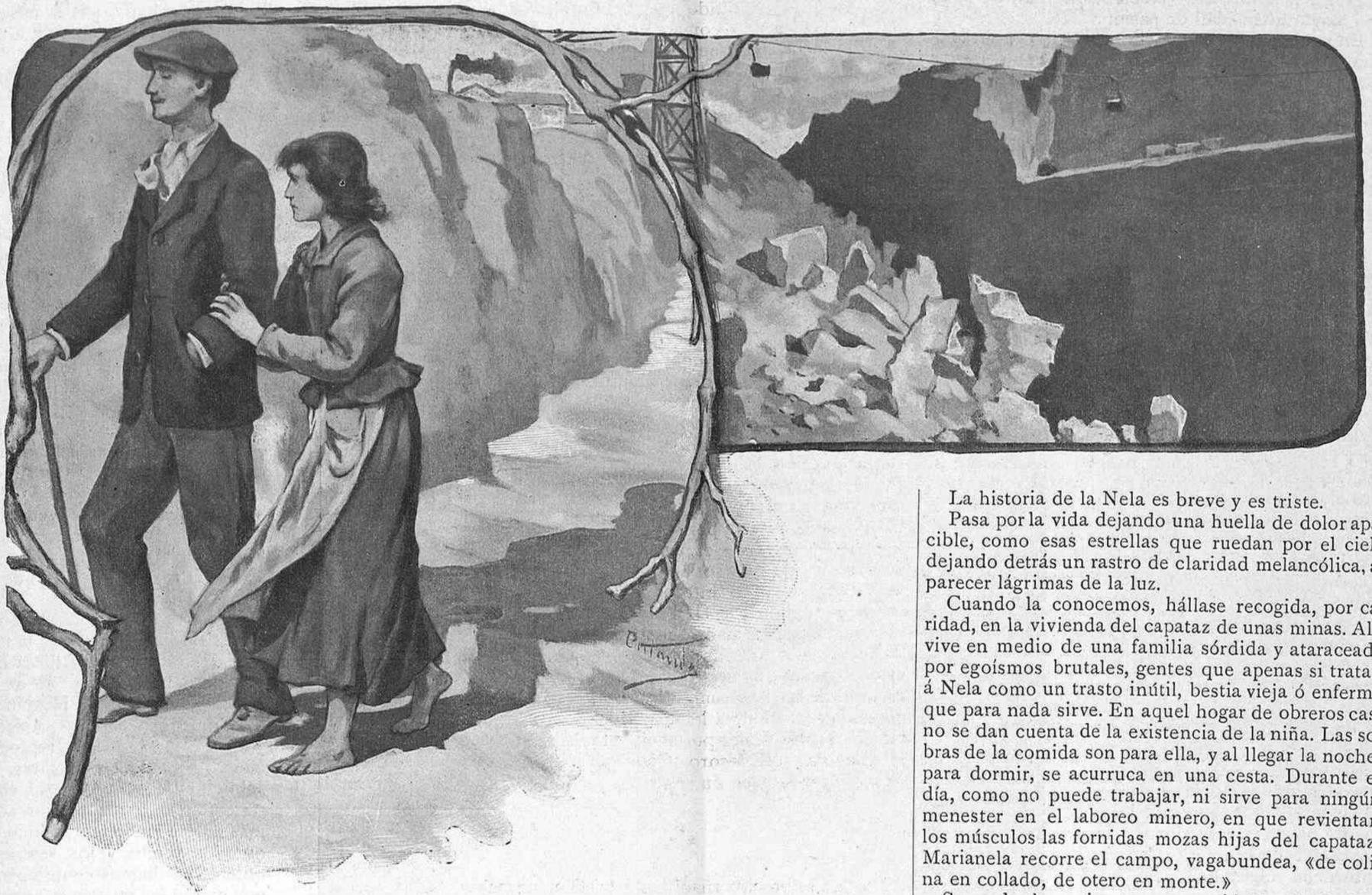
Acaso se esté trabajando ya á la sordina; sería bueno, en interés del público, del gentío que acudiría á Madrid desde toda España y fuera de ella, y que tanto va á tener que sufrir y lidiar con hospederías, cocheros, rateros y timadores, entradas y billetes, órdenes y contraórdenes... No envidia, no, á los viajeros en estas ocasiones tan señaladas. No envidia esta diversión problemática, esta molestia infalible que espera á los buenos señores de provincia, á los cándidos turistas ingleses sin puesto oficial alguno.

La corte de España no se encuentra en condiciones para recibir tantas visitas á un tiempo... Ni en hoteles, ni en fondas, ni en las calles mismas, cabe la muchedumbre agolpada. Madrid «se pone imposible»; es la frase ya clásica del vecindario molestado por la intrusión de los *isidros*, los cuales, á su vez, llevan qué contar más de malo que de bueno cuando regresan á sus hogares...

Sin embargo, este pueblo juerguista ya está como fuera de sí con sólo el anuncio de la temporada de festejos... Aquí, el día en que hay corrida de toros, los que no disponen de dinero para comprar la entrada se sitúan en dos filas á un lado y otro del largo trayecto que media entre la plaza y la Puerta del Sol, y aguantando en pie apretujones, empellones, calor y polvo, esperan á que les caiga su migaja de diversión, el olor de la fiesta, viendo desfilar á los que de ella retornan... Y esa tarde hermosa de la estación primaveral, esa tarde larga, deliciosamente impregnada de olor de flores, que podían dedicar á solazarse en el campo, á respirar con su familia un ambiente puro, la dedica gran parte del proletariado de Madrid al goce extraño de contemplar cómo cruzan coches, ómnibus y calesas, repletos de gentes más adineradas, que vuelven de presenciar cómo han pinchado á seis cornúpetos...

Y cierro la crónica con esta reflexión, mientras parece zambor en el aire la amenaza, que ya iba cayendo en el olvido, del 1.º de mayo... «¿Qué sucederá?» se preguntan los medrosos. Nada tal vez. Colisiones en Francia, probablemente; algunos episodios más de esa lucha á que parecen condenadas las sociedades modernas, que habían conjurado, al menos por largos periodos de tiempo, el sangriento fantasma de la guerra internacional... Y no creo que otra cosa

EMILIA PARDO BAZÁN.



Marianela lleva al ciego de la mano por las sendas del monte

LAS MUJERES EN GALDÓS

MARIANELA

¿Cómo es? No recuerdo cómo Galdós la describe. Sé decir únicamente cómo la veo resurgir en mi espíritu, en imagen, después de tantos años transcurridos desde que la conocí á través de las páginas sentidas, empapadas en lágrimas, de la novela, donde vive, pena y muere la pobre Nela. Fea, contrahecha, raquítica, encanta siempre ésta con su mimoso cuerpo de niña y su expresión ardiente de mujer. Son sus ojos negros, vividores; por ellos vaga, dormida y plácida, una luz de tristeza. Son ojos que, sin lagrimear, lloran.

Por sus labios corre una sonrisa, pero es de súplica no hablada, triste también, «semejante á la de algunos muertos cuando han dejado de vivir pensando en el cielo.»

Mal cubren sus carnes las ropas de desecho, y sus pies descalzos sangran á cada instante, como si los dañara el pisar á ras de tierra.

En su cara delgada la piel toma un tinte de palidez cadavérica, y su nariz picuda acrecienta la fealdad de líneas en aquel rostro exángüe, ni aniñado, ni envejecido. Deforme y monstruoso el cuerpo inspira más bien lástima que repulsión. Y es que en el mirar de los ojos hay bondad y en el sonreír de los labios se esconde una ternura infinita. La encarnadura humana pocas veces ha encontrado formas tan incorrectas. La belleza externa nególa encanto y gracia. Marianela, por su cuerpecillo deforme, es un capricho burlesco de la naturaleza. A tanto llega su miseria física que no sirve para ningún trabajo. Vaga, sesteada, como bestezuela salvaje. Sus hombros no resistirían la menor carga, y su cuerpo se desplomaría desmayado á cualquier intento de encorvarlo sobre la tierra en las duras labores campesinas. Vive... y nada más.

Mirando adentro, al escudriñar el «interior» de Marianela, encuéntrase un alma grande, tremante de emoción, cálida de afectos, excesivamente grande para albergada en cuerpo tan pequeño.

La pobre niña es toda alma.

Su imaginación viva se desborda á cada instante; sueña con visiones de paz y delira venturas imprecisas. Sensibilidad ardiente la suya, vibra por entero todo su ser á cada impresión que la sacude grata ó dolorosamente, como cuerda herida que canta ó gime. No son los nervios en ella los que se estremecen.

Es su espíritu. Dentro de su corazón la ternura fluye inagotable. Para ella, vivir es amar. Cuando el amor muere, su espíritu muere también y su cuerpo se desploma exánime para siempre.

En el trágico momento en que los ojos de la Nela se nublan y se cierran; cuando temblor de escalofrío sacude convulsivamente sus carnes, al acercarse el trance supremo de la muerte, ante el misterio de aquella vida que se desvanece por instantes, el médico, con curiosidades investigatorias de psicólogo, formula extraña interrogación:

—Alma, ¿qué pasa en ti?

Inútil pregunta. No es la «gran intrusa» la asesina. Como el poeta dijo, la *mort n' y mord*.

Marianela muere porque en su alma mataron el amor los desengaños. Así muere también *Mignon*, la niña gitana cantada por Goethe.

Complejión espiritual muy extraña la de Marianela. Ama con pasión intensa, pero sosegada al exterior, recóndita é íntima. Jamás se exalta con gestos ni gritos. Robustece su vigor en el silencio, y esa plétora sentimental, calor efusivo, nunca sale fuera en frases cálidas y estremecidas de pasión. Viviendo ésta dentro, solitaria y callada, crece y se intensifica. Ni odios, ni celos, esas fiebres del amor contrariado, conturban el espíritu de la enamorada muchachita. Ni aun cuando llega la crisis amorosa estalla la pasión en cóleras, ni grita enloquecida. Declina hasta apagarse con la tristeza de una puesta de sol. Entonces parece más grande por resignada y heroica.

La rusticidad salvaje de Marianela le presta un doble encanto. Guíase nada más que por el sentido natural, y sus adoraciones por la naturaleza, que arrancan del fondo mismo de la entraña, querencia del instinto más que devoción de la inteligencia, revelan á su modo cierto sabor panteísta.

Instintiva, libre en los movimientos del alma que no regula una disciplina interior—esa labor depurativa de una lenta educación moral que moldea los sentimientos y las ideas á su antojo, contrahaciéndolos como si los vistiera con camisa de fuerza, ó perfeccionándolos en ruta hacia la elevación de los espíritus superiores,—Marianela es un producto espontáneo de la naturaleza, un ser primitivo, un alma simple y sin complejidades psicológicas.

La madre tierra la cría y temple su espíritu. Si le negó corporal hermosura, le dió en cambio superior belleza de alma, como á esas plantas de tronco raquítico que toda la savia la convierten en flores.

La historia de la Nela es breve y es triste.

Pasa por la vida dejando una huella de dolor apañable, como esas estrellas que ruedan por el cielo dejando detrás un rastro de claridad melancólica, al parecer lágrimas de la luz.

Cuando la conocemos, hállase recogida, por caridad, en la vivienda del capataz de unas minas. Allí vive en medio de una familia sórdida y ataracada por egoísmos brutales, gentes que apenas si tratan á Nela como un trasto inútil, bestia vieja ó enferma que para nada sirve. En aquel hogar de obreros casi no se dan cuenta de la existencia de la niña. Las sobras de la comida son para ella, y al llegar la noche, para dormir, se acurruca en una cesta. Durante el día, como no puede trabajar, ni sirve para ningún menester en el laboreo minero, en que revientan los músculos las fornidas mozas hijas del capataz, Marianela recorre el campo, vagabundea, «de collado en collado, de otero en monte.»

Su madre hace tiempo que murió. Un día de desesperación tiróse por aquella sima tenebrosa, en cuyo fondo la pobre niña, á través de los sordos rumores que de abajo suben desde la entraña misma de la tierra, cree oír la voz cariñosa de su madre que le habla, llamándola también al eterno reposo de su seno.

Al rodar los días Marianela encuentra compañía. Anda ahora, como lazarillo piadoso, á la vera de Pablo, el heredero único de la casona hidalga de Penáguilas. Es éste ciego desde que naciera. Sus ojos nada ven; pero despierto y vivo en espíritu, por las lecturas con que lo educa su padre, tiene una noción intelectual de las cosas.

Pasean ambos, juntos, mañana y tarde. Marianela lleva al ciego de la mano por las sendas del monte y á través de los campos.

Ella, con pintoresca frase, cuenta sus impresiones acerca de todo lo que la rodea. El diálogo es animado, sugestivo y tierno. Todas las cosas bellas de la naturaleza á la Nela encantan y hasta parece que comprende, que siente el alma de ellas. Y habla de por qué llora el agua, cómo las estrellas viven y de qué modo se aman las flores y el sol. Su sentimiento de la naturaleza es de poeta; todo lo idealiza.

Del dulce vagar en compañía, corriendo el campo, ha nacido entre ambos entrañable cariño, hasta llegar á amarse. Y así pasan los días: en diálogos, donde se queja un dulce lastimar de amores.

Pablo adora en la chica la belleza espiritual, la bondad, la inmensa ternura que atesora. Muchas veces conmovido de pasión, no pudiendo mirarla con sus ojos sin luz, pero sintiendo revivir en el suyo, por sugestión, el calor de aquel otro espíritu, Pablo repite:

—Debes ser muy hermosa, Nela.

Mas ella, que se ha mirado alguna vez en el agua, tiembla. Sintióse querida, sin embargo, goza. Una gratitud y una alegría sin fin llenan su ser.

El idilio es largo, continuo, á través del tiempo, y súbitamente se trunca. ¡Las eternas sorpresas de la vida! Ha llegado un médico á las minas, y pronto intentará devolver la vista al ciego, y con ella el sentido exacto de las cosas en la plenitud de la realidad. Más tarde, con cortos días de intervalo, llega también Florentina, la primita escultural, grácil y espléndida de hermosura.

Entonces, ante los acontecimientos próximos, en las almas de Pablo y Marianela se incuba crisis profunda. Es de ver cómo, al calor de la esperanza, en el alma de Pablo resurge un nuevo júbilo, retoña, con fuerza enérgica, la alegría de vivir. Verán sus ojos y verán á la Nela, y su corazón, abierto á

nuevas y más intensas emociones, la han de amar con mayor intensidad de pasión.

En el alma de ella la lucha se inicia con un choque de encontrados sentimientos. Si Pablo llega a ver, ¿cómo no alegrarse? ¿Iba a desearle el dolor de no ver, un mal perenne? Pero luego, cuando al mirarla encuentra delante la realidad inexorable y se fijan sus ojos en el cuerpecillo enfermizo y encenque, espantosamente horrible de la Nela, ¿cómo seguir amándola? Y un dolor íntimo le hinchaba amargamente el corazón. Comprendía, de un modo vago, por extraño presentimiento, que el amor que había unido las vidas de ella y el ciego estaba próximo a romperse para siempre. Y lloró a solas.

No volvió más por Penáguilas a buscar a Pablo. Huía de allí, impulsada por secreto e inexplicable terror, y desde lejos, errante por el monte, miraba la casona y la huerta con espanto.

¿Qué había sucedido?.. Recobró el ciego la vista. Cuando sus ojos, libres de vendajes, pudieron ver, la hermosura de la prima Florentina llenó de un amor nuevo, grande, insólito, adoración de la belleza física revelada de pronto, su corazón por entero. Sólo alguna vez, recordando los días pasados, con ternura misericordiosa preguntaba por la Nela.

Por más que rastrearon su huella para encontrarla, fué estéril todo empeño. Andariega por el monte, evitaba el paso y el contacto de las gentes. El dolor de no creerse ya amada y la conciencia de su inferioridad pesaban con trágica desolación sobre su vida. Mejor era dejarla, y así cavilando, pesada de vivir, vencida y forzada a un dolor sin término, pensó unirse con su madre y descansar para siempre allá abajo, en el fondo del abismo, con reposo eterno.

Detúvola el médico en el acto de arrojarla en la sima insondable. Movido a compasión al comprender el desgarramiento de aquella alma, adivinando la historia íntima en aquel pecho guardada, al solar de Penáguilas la llevó, por más que ella resistiese con ansias desesperadas. Pero allá fué.

La muerte de Marianela conmueve y despierta una tristeza sugestiva y muy honda. Tiritando bajo las mantas su cuerpecillo deforme; con la palidez cadavérica más espantosa la fealdad de su rostro, al abrir los ojos y encontrarse con los de Pablo que lastimados la miran, aún sus labios se abren para balbucir:

—Yo soy la Nela.

Y la voz se apaga, y en un último temblor la vida se extingue.

Nadie comprende lo que pasa.

—¿Qué es?, preguntan todos, ante el lento agonizar de aquella vida que se acaba.

—¡La muerte!, responde el doctor, para añadir, único explorador de aquella alma grande que vivió para amar: *Mujer, has hecho bien en dejar este mundo.*

Después le cubrió el rostro con mano piadosa, y aun se dice que lloró.

Lo demás, los hechos que epilogan el relato, poco importa al interés poético de esta historia tan espiritualmente dramática. Toda la emoción estética la va señalando, al pasar, el rastro de esa alma de mujer a través de su vida. Y el curso de la pasión que llena el corazón de la pobre niña, con sus instantes de crecimiento, de exaltación, de profundo delirio amoroso y con sus momentos de crisis, de transformación, que desgarran el alma, es el *leit-motiv* que recorre, con dominio sobre el ánimo de los lectores, todas las páginas de la novela. Es libro en donde brota el sentimiento de la entraña misma del arte, como del seno de la tierra el chorro de aguas corrientes. La roca, al rezumar el agua, parece que la llora; la vida también llora, al parecer, las penas de los seres que fuerza al dolor de vivirla. *¡Lacrima rerum!*

Más allá del cuento de amor hay que buscar el

espíritu que diera forma artística a la creación de Galdós. La Nela es un símbolo de los eternos contrastes de la naturaleza y de la frágil reciprocidad de los afectos humanos.

No casan las dos bellezas, la espiritual y la del cuerpo. Existen, se perciben, pero nunca se complementan. No hay lógica que las una, ni mutua correspondencia que las hermane. Cada cual vive independiente, con relaciones discontinuas. La corpo-

Y ella entonces, como si quisiera recordar al viejo amor del enamorado ayer que, bajo aquella mísera envoltura corporal que se derrumba, había un alma muy grande, excesivamente grande, aún abre los labios por última vez, dando en estas palabras todo su espíritu:

—Yo soy la Nela.

ANGEL GUERRA.

(Dibujo de Cutanda.)



Inocencia, busto de Enrique Clarassó

ral la perciben los ojos, y es plástica, sensible, de acción. La otra, íntima, subjetiva, solamente el alma misma la comprende y la siente.

Marianela es la belleza espiritual exaltada, sublimada. Pasión, ternura, bondad, un infinito de sentimientos grandes, llenan su alma; y su vivir interno, sin odios y sin impurezas, esos torcedores de los espíritus mezquinos, es de una superioridad incomparable. Mas todo ese mundo de ideas altruistas y de afectos hondos la naturaleza tuvo el capricho de encerrarlo en humana encarnadura llena de defectos, sin gallardías de formas, con incorrección de líneas, su cuerpo que los ojos miran espantados ante su fealdad y su miseria.

¿Qué vale esa belleza espiritual? Sin duda es la más alta y la de mayor estimación. Pero en la vida, por razón de las imperfecciones de la realidad, por el ansia que continuamente nos acosa de rendir adoración a la hermosura física, acallada la sed por la belleza ideal que también empuja nuestros sueños y nuestras devociones, es siempre la primera indiscutible vencedora. Ella es todo.

Y esa verdad amarga entraña en su fondo, con humano carácter, la historia, más viva que irreal, con sabor más filosófico que novelesco, de la pobre Marianela.

Mientras los ojos de Pablo no ven, siente la belleza espiritual de la Nela, le llega todo su calor a lo más hondo del alma, y la adora con cariño íntimo y reposado.

Mas cuando, abiertos a la realidad sus ojos, la contempla fea, contrahecha, enfermiza, sin encantos naturales, Pablo siente que en su corazón el antiguo querer ha caído desilusionado para siempre.

JUAN B. GOITIA

Hace pocas semanas, el público inteligente que visita el Salón Parés de esta ciudad pudo admirar una hermosa colección de obras, en su mayoría dibujos al carbón, de firma para casi todo el mundo desconocida. Había en aquellos dibujos una percepción tan clara de la realidad, un espíritu de observación tan profundo, una ejecución tan sólida y tan vigorosa y sobre todo una poesía tan intensa, que cuantos los contemplaban veían en ellos la revelación de un verdadero artista en toda la extensión de la palabra.

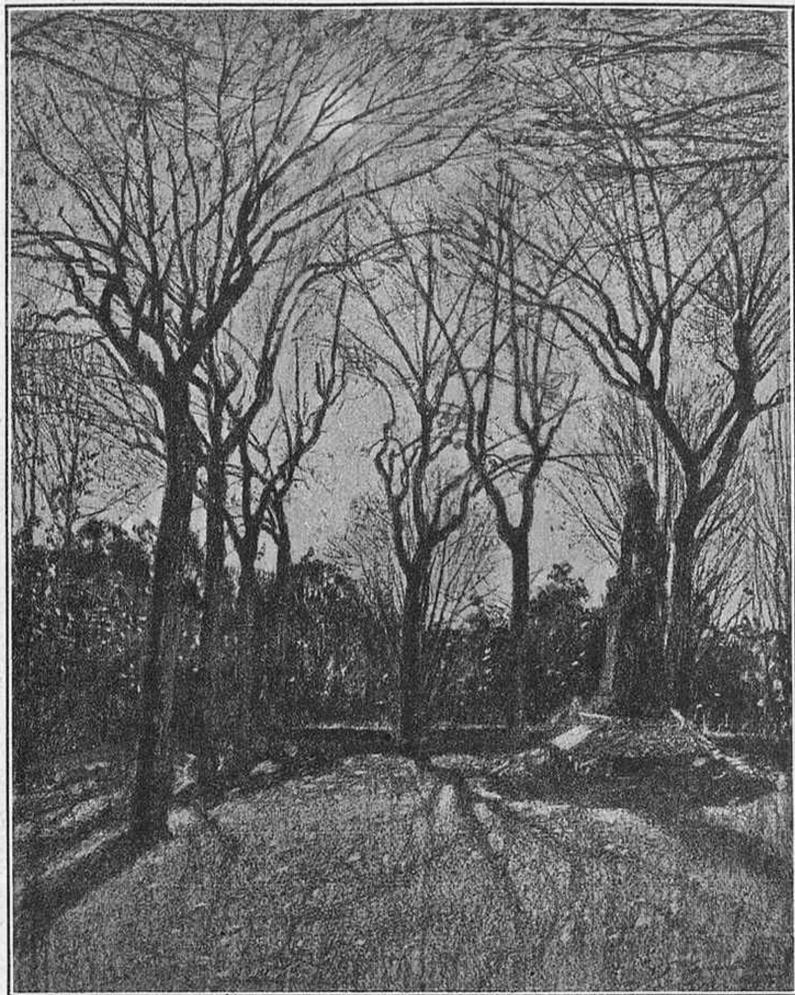
Representaban los más de ellos sitios pintorescos de la vieja Barcelona, como la plaza del Rey, la del Pino, el patio de la casa Dalmases, el del Hospital y otros muchos igualmente típicos, y en cada uno se veían reproducidos fielmente esos lugares, no sólo en sus líneas y en sus contrastes de luz y sombra, sino además en ese ambiente poético en que los vemos y los sentimos quienes los hemos contemplado con cariño en nuestra infancia y hoy los miramos con los ojos del alma y al través de los más dulces recuerdos. Reproducían otros maravillosamente interiores apacibles, vistas de las afueras de esta ciudad, grandiosos paisajes del Montserrat y del Montseny y notas llenas de color de nuestra costa levantina, y no había uno en que no se admirara el talento y el corazón de un maestro.

Diríase que el autor de esas obras tan hondamente sentidas era hijo de nuestra tierra, pues no se concibe apenas que, de no ser así, pueda trasladarse al papel de una manera tan sugestiva una visión tan íntima de todas aquellas cosas; y diríase además que quien tan firme se muestra en el trazo y tanto domina el clarooscuro lleva consigo un bagaje de largos estudios y de mucha práctica. Y sin embargo, no es así; el autor de tan bellas obras, Juan B. Goitia, es mexicano, cuenta sólo diez y ocho años y no hace más de uno que reside en esta capital. Allá en su patria aprendió las primeras nociones de dibujo, copiando de lámina las distintas partes del rostro y las extremidades de la figura humana; vino aquí, y en la Escuela de Arte que dirige el profesor Sr. Galí perfeccionó aquellos estudios con el resultado maravilloso que se ha visto en su primera exhibición pública.

Hablando de su discípulo, a quien los críticos todos, sin excepción, han prodigado los más entusiastas elogios, nos decía el citado profesor: «Yo que he vivido en continua e íntima relación con él; yo que me he sentido hondamente emocionado siendo confidente de sus añoranzas de la patria, de sus amores por aquel cielo, para él sin igual, por aquellos campos cubiertos de césped, por aquellos montes de líneas bellísimas, por aquellos volcanes coronados de eternas nieves; yo que he recogido de sus labios en pocas palabras, sublimes por ser hijas de un corazón candoroso, las más encantadoras descripciones de su pueblo, de aquella cristiana vida de familia y de aquella triste despedida; yo que le he consolado en sus penas y alentado en sus decaimientos, no me he extrañado de que en sus dibujos palpitará aquella emoción que ha sorprendido a los barceloneses.»

México puede estar orgulloso de su hijo, y es de esperar que, haciendo llegar hasta él la protección oficial, contribuirá a que Goitia sea en porvenir no lejano una gloria legítima de su patria.—A.

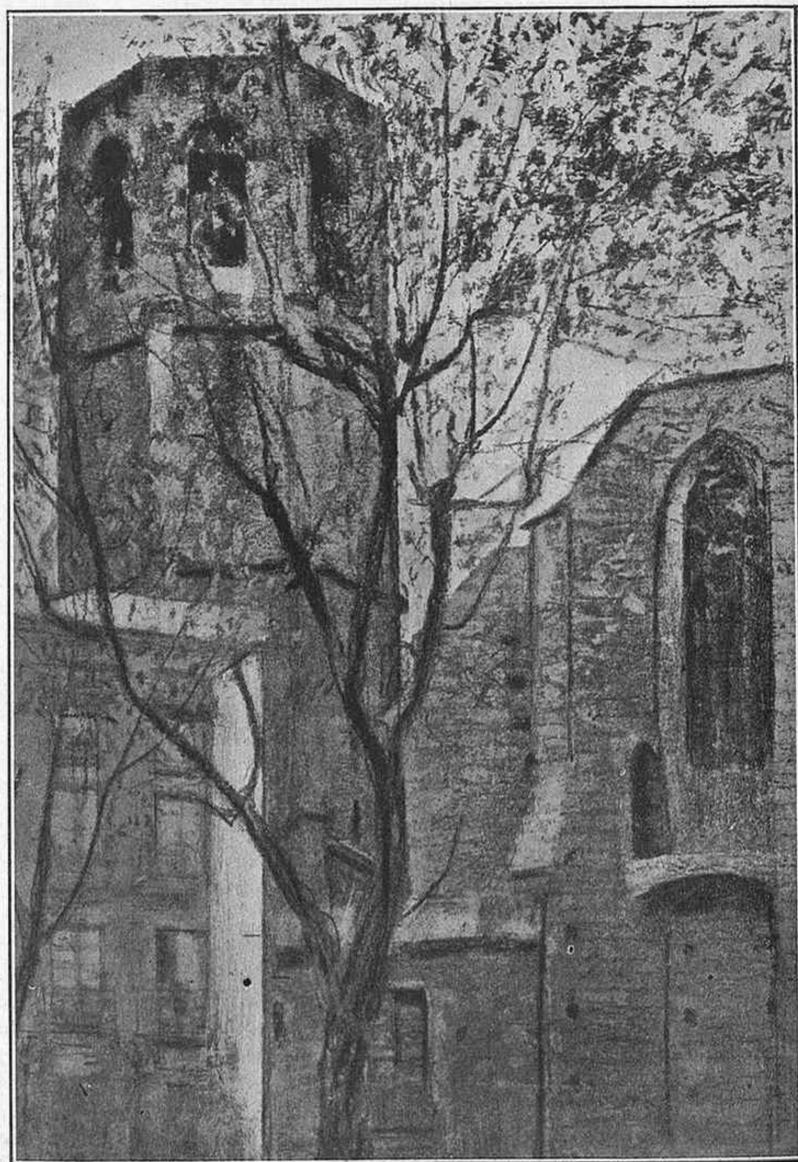
BARCELONA PINTORESCA



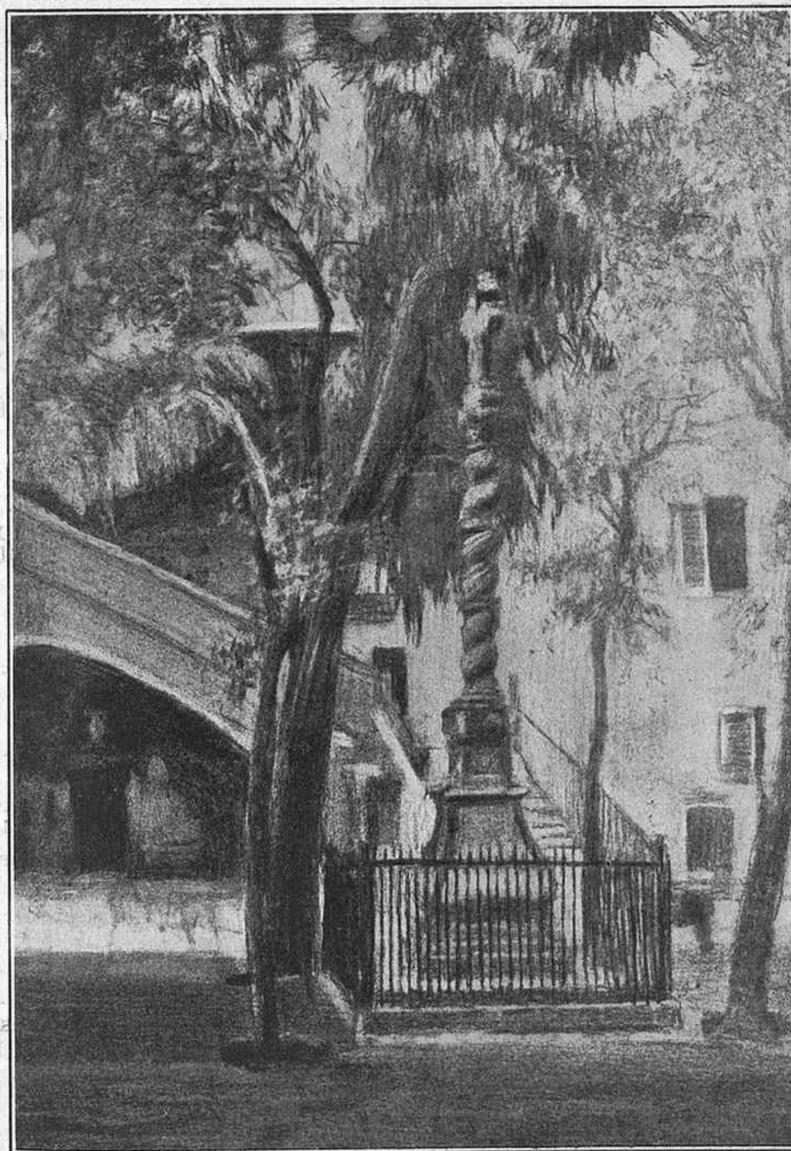
Plaza Aribau



Patio de la casa Dalmases

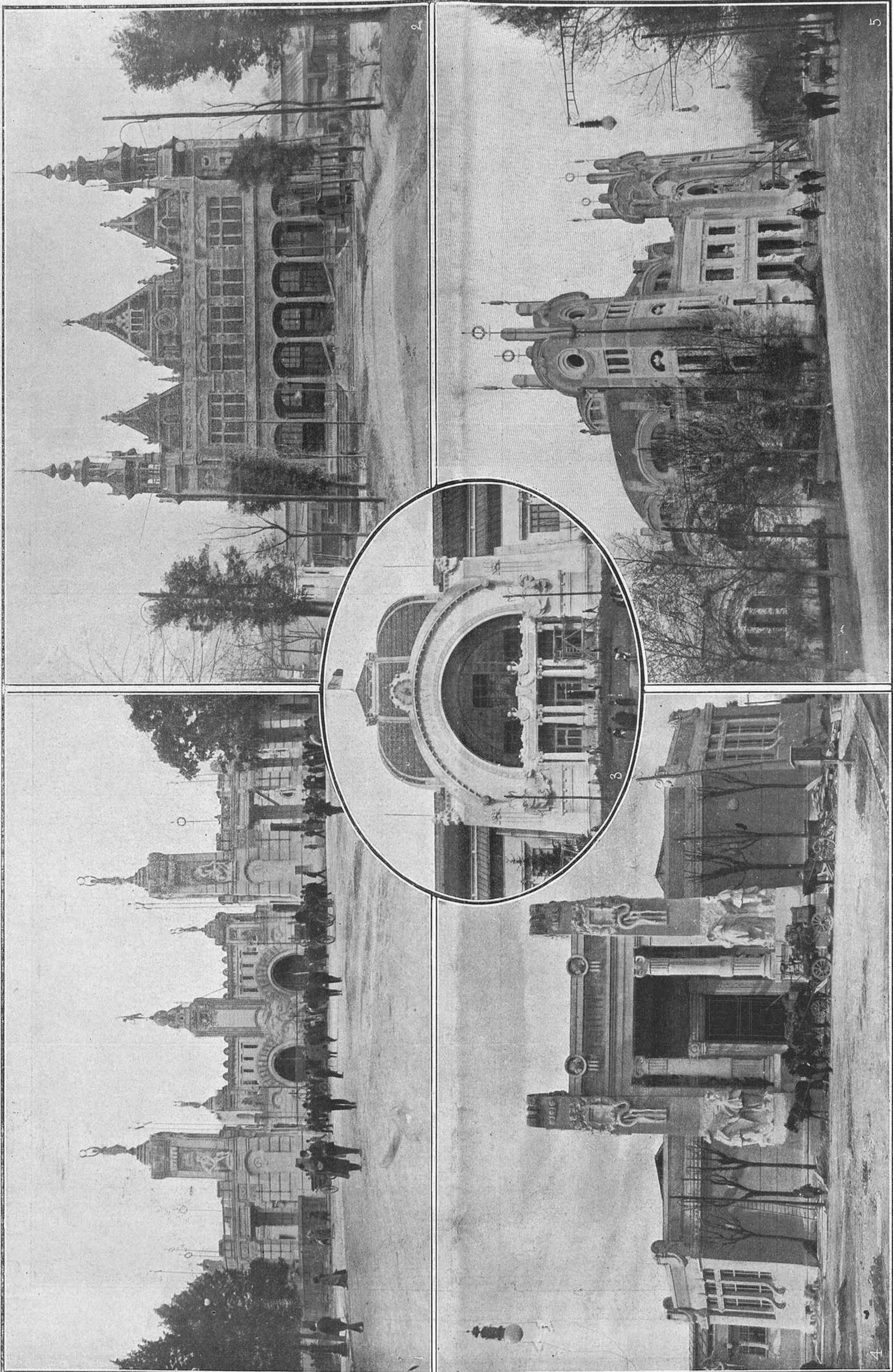


Iglesia del Pino



Patio del Hospital

DIBUJOS AL CARBÓN DE JUAN B. GOITIA (SALÓN PARÉS)



MILÁN.—Exposición Universal inaugurada por los reyes de Italia el día 28 de abril último.—1. Puerta monumental de la Exposición.—2. Pabellón belga.—3. Pabellón francés del Arte Decorativo.—4. Pabellón de la Higiene.—5. Avenida principal y palacio de las Bellas Artes. (De fotografías remitidas por Hutin, Trampus y C.^ª)



ATENAS. — LOS JUEGOS OLÍMPICOS DEL PRESENTE AÑO. — LOS CAMPEONES DINAMARQUESES Á BORDO DEL BUQUE QUE LOS CONDUCE Á GRECIA. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^ª)

LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE ATENAS

En las afueras de Atenas, entre colinas cubiertas de bosques, destácase por su nivea blancura el estadio que se utilizaba para los Juegos panateneicos. Construido por el sabio legislador Licurgo, en el año 330 antes de J. C., fué durante siglos el lugar en donde los atenienses se entregaban á los ejercicios corporales, merced á los cuales los jóvenes se preparaban para luchar en los Juegos olímpicos disputándose la corona de olivo, que era el más preciado trofeo de aquellos tiempos.

Los Juegos olímpicos, que se celebraban cada cuatro años y durante los cuales suspendíanse las operaciones militares en toda la Hélade y se consideraba inviolable el territorio de la Elide en donde se efectuaban, contribuyeron poderosamente por espacio de once siglos á la educación de la juventud griega, fomentando de un modo admirablemente armónico el desarrollo al par del cuerpo y del espí-

primitivo carácter y al fin cayeran en el más total olvido.

Hace diez años, cuando el renacimiento político é intelectual del pueblo griego hizo que éste volviera los ojos á su pasado, dictóse una ley que restablecía los Juegos olímpicos, y en su consecuencia reconstruyóse el estadio, gracias en gran parte á la munificencia del filántropo ateniense Awerof, y reanudáronse en 1896 los juegos, á los que acudieron luchadores de todo el mundo.

Lo propio ha sucedido este año en los que se han celebrado desde el 22 de abril

gica, Suiza, Rusia, Rumanía, Egipto, Dinamarca y otros países han respondido al llamamiento del gobierno griego, tomando parte en los concursos de esgrima, tiro, gimnasia, carrera, salto, remo y demás deportes.

Inauguráronse los Juegos olímpicos el día 22 de abril último con asistencia de los reyes de Grecia, del príncipe heredero, de su esposa la princesa Sofia de Prusia, de sus hermanos los príncipes Jorge y Nicolás, y de los reyes de Inglaterra. El príncipe heredero pronunció el discurso inaugural; los príncipes Jorge y Nicolás fueron elegidos presidente y vicepresidente.

En el inmenso anfiteatro hallábanse reunidas 45.000 personas, que el primer día aclamaron con entusiasmo los ejercicios gimnásticos, especialmente los del equipo de señoras y señoritas dinamarquesas.

Los resultados de los ejercicios efectuados han sido:

Carreras al remo: yoles francos de cuatro remeros, 1.º equipo italiano; 2.º equipo francés; balleneras de guerra de seis remeros, 1 y 2 equipos griegos, 3 equipo italiano. Concurso de revólver



EJERCICIOS GIMNÁSTICOS DE LAS DAMAS DINAMARQUESAS. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^ª)



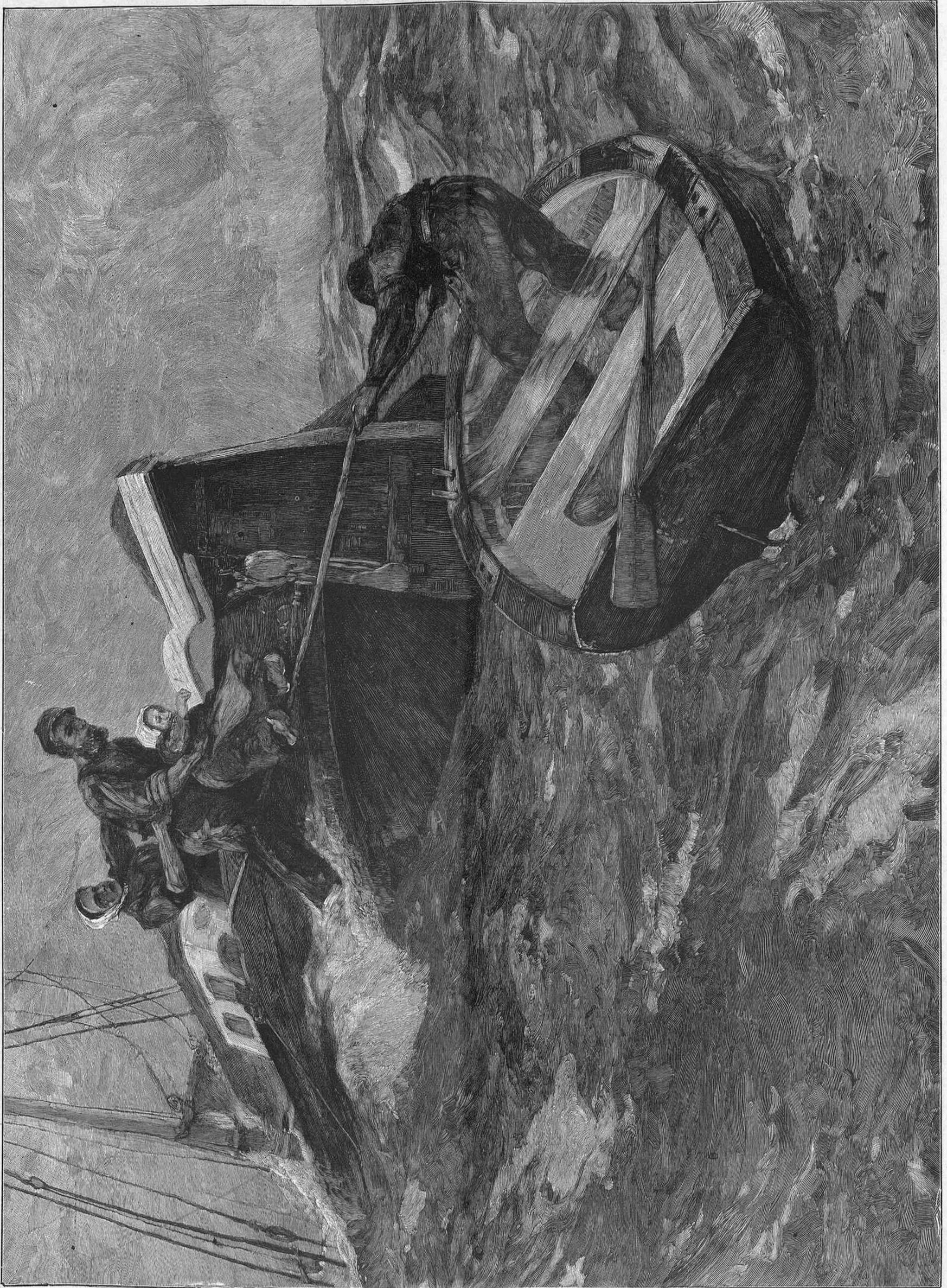
EL PRÍNCIPE JORGE DE GRECIA, NOMBRADO JUEZ DE LOS JUEGOS OLÍMPICOS, SALUDANDO AL CORONEL DE ARTILLERÍA BALLA. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^ª)

libre: 1 Orfanides, griego; 2 Falconnier, francés. Natación: Taylor, inglés. Lawn-tennis: Desugis y Germot, franceses. Football: equipo danés. Concurso de fusil de guerra: Richardot, suizo; Boigne, francés. Revólver de reglamento: Fauconnier, francés. Florete: 1 Dillon-Kavanagh, francés; 2 Casimir, alemán; 3 conde Hugues, francés. Lanzamiento de disco: 1 Sheridan, norteamericano; 2 Georgantas, griego. Esgrima: el equipo francés. Tiro con fusil Gras: Moreau, francés. Pesos: Tofalos, griego. Cuerda lisa: Aliforantis, griego. Salto de la percha: Gonder, francés. Salto en longitud: Ray, norteamericano. Pistola de combate: Moreau, francés. Revólver de guerra: Richardot, suizo. Carrera pedestre: Hauray, inglés. Campeonato del sable: Georgiades, griego. Pentathle atlético: Mellander, sueco.

Los reyes de Grecia y de Italia regalarán copas á los equipos vencedores.

El éxito de los Juegos olímpicos ha sido inmenso, así por la concurrencia numerosísima que los ha presenciado y en la cual figuraban los más distinguidos deportistas de todo el mundo, como por el gran interés que han despertado los ejercicios que constituían el programa de los mismos y en que se combinaron hábilmente los de la antigua Grecia con los del *sport* moderno.—S.

ritu. La enervadora influencia de Roma fué causa de que poco á poco aquellos juegos perdieran su al 2 de este mes. Los campeones de Grecia, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, Bél.



EL ÚLTIMO REFUGIO, cuadro de Poppe Folkerts



PRIMAVERA, cuadro de Carlos Hartmann

BARCELONA

INAUGURACIÓN DE LA TEMPORADA DEL TIRO DE PICHÓN

Hace pocos días y ante una numerosa y escogida concurrencia, en la que figuraban elegantes y distinguidas damas de la alta sociedad barcelonesa, la Real Asociación de Cazadores inauguró la presente temporada en el Tiro de Pichón, instalado junto á Miramar. El primer día efectuóse el handicap que se disputaron 26 tiradores, habiendo ganado el primer premio, un objeto de arte y 200 pesetas, D. Federico Gal; el segundo, una escopeta Browning, regalo de la casa Ed. Schilling, S. en C., de esta ciudad, D. Ignacio Pidal; y el tercero, una carabina Búffalo, presente de D. Manuel Beristain, D. Francisco Laporta.

El segundo día disputóse la copa Codina, que fué ganada por D. Francisco Laporta; el segundo y el tercer puesto correspondieron á D. Francisco I. Girón y á D. Carlos Leach.

LA EXPOSICIÓN DE MILÁN

(Véase la lámina de la página 302)

El día 28 de abril último los reyes de Italia inauguraron la Exposición universal, instalada en la Plaza de Armas y en el Parque de Milán. Aunque la Exposición dista mucho de estar terminada, los edificios construídos dan ya perfecta idea de su grandiosidad. Entre los más notables merecen citarse el palacio de la Arquitectura, obra del arquitecto italiano Locati, de estilo greco-moderno; el del Automovilismo y del Ciclismo, construcción sobria y elegante; el de la Marina, con su inmenso faro de 55 metros de altura, desde el cual se domina todo el panorama de la Exposición; el pabellón de Arte decorativo francés, uno de los más artísticos, obra de Orsini Bonghi; el sencillo y majestuoso palacio de Higiene y de la Cruz Roja, del mismo arquitecto; el pabellón belga, construído según el proyecto de Waess, de Bruselas; el palacio de Bellas Artes, y otros que sería prolijo enumerar. Una de las construcciones que más poderosamente llaman la atención es la puerta principal, que representa una alegoría de las dos bocas del gran túnel del Simplón, con una bellísima estatua de Mercurio en lo alto y dos Victorias á los lados.



MÚSICA, busto en bronce de Edita Downing

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las págs. 297, 300, 304, 305 y 306.)

Lea, estatua de E. Maccagnani. — El arte escultórico ha evolucionado en un período de tiempo relativamente corto; compárense las obras modernistas con las de la época clásica, y se observará entre ellas una notable diferencia. Hoy el escultor, hablamos del que sigue las nuevas tendencias, es eminentemente psicólogo, y sin descuidar los principios eternos de la estética, aspira á algo más que á modelar conforme á los

cánones académicos, pues no tiene bastante con reproducir un cuerpo perfecto desde el punto de vista físico. Véase, en prueba de ello, la estatua de Maccagnani, que tan celebrada fué en la última exposición de Venecia y en la que admiramos, no tanto la factura intachable, como esa expresión de dolor meral intenso que ha sabido darle el artista.



BARCELONA. — INAUGURACIÓN DE LA TEMPORADA DEL TIRO DE PICHÓN POR LA REAL ASOCIACIÓN DE CAZADORES, EFECTUADA EL DÍA 29 DE ABRIL ÚLTIMO. (De fotografía de Castellá.)

Inocencia, busto de Enrique Clarassó. — Expresar un estado de alma por medio de la plástica; infundir en un trozo de barro ó de mármol la vida en una de sus particulares manifestaciones, es obra que no todos los que al arte se dedican pueden realizar. La corrección de las líneas, la justeza de las proporciones, la naturalidad de las actitudes, son elementos indispensables en toda escultura; mas si á ellos no se agrega ese algo que está por encima de la materia, la estatua podrá ser deleite de los ojos, pero no hablará á nuestro corazón y dejará, por ende, de producir en nosotros la emoción estética en toda su integridad. Enrique Clarassó ha demostrado en innumerables producciones que se preocupa tanto de la forma como del espíritu que ha de animarla; en la colección de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA pueden nuestros lectores hallar la confirmación de este aserto, y el busto *Inocencia* que en el presente número reproducimos es una prueba más de lo que decimos: sobriamente modelado, de una suavidad de líneas maravillosa, tiene además una fuerza de sentimiento que subyuga y hace adivinar tras aquellos párpados cerrados una mirada dulce y dentro de aquella frente los pensamientos más puros.

El último refugio, cuadro de Poppe Folkerts. — El asunto de este cuadro está suficientemente explicado en su título; es uno de esos dramas tan frecuentes en el mar y en los cuales se han inspirado tantos artistas. Poppe Folkerts ha tratado ese tema con toda la grandiosidad que le corresponde; en su lienzo todo es enérgico, no hay delicadezas de dibujo ni de color, el trazo es firme, la pincelada vigorosa y todo en él armoniza con la sublimidad del espectáculo que reproduce.

Primavera, cuadro de Carlos Hartmann. — Brotan en los árboles las tiernas hojas; asoman en los prados las primeras florecillas; el aire tibio y embalsamado infunde nuevas energías en todos los seres; es la primavera de la naturaleza. En la pradera saltan y brincan unos cuantos niños; rompen el augusto silencio de los campos argentinas voces y sonoras carcajadas; la inocencia y la alegría parecen embalsamar con sus dulces efluvios el ambiente; es la primavera de la vida. Esas dos primaveras, la de la vida y la de la naturaleza, componen el bellísimo cuadro de Carlos Hartmann, cuadro lleno de suave poesía, como todos los que se inspiran en la hermosa visión que ha servido de tema al celebrado pintor alemán.

Música, busto en bronce de Edita Downing. — Lo que antes decimos de la obra de Clarassó puede aplicarse perfectamente á la de la notable escultora inglesa Edita Downing. En el rostro de esa joven lectora vemos admirablemente reflejada la atención con que estudia el cuaderno de música que su mano derecha sostiene, y esta impresión adquiere mayor intensidad cuando nos fijamos en la reposada actitud de su busto.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BARCELONA. — *Salón París.* — Modesto Urgell ha expuesto una serie de paisajes, hermosos y sentidos como todos los suyos. Son notas de indecible fuerza sugestiva magistralmente pintadas que reproducen pintorescos lugares de Cataluña, y en todas ellas se admiran una vez más el sentimiento poético y la ejecución perfecta que caracterizan al afamado artista barcelonés.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito en el Principal *La felicitat en un recó*, comedia en tres actos de Sudermann, traducida al catalán por D. Manuel

de Montoliu, y *L'ingenua*, comedia en un acto arreglada á la escena catalana por el Sr. Sunyer y Casademunt.

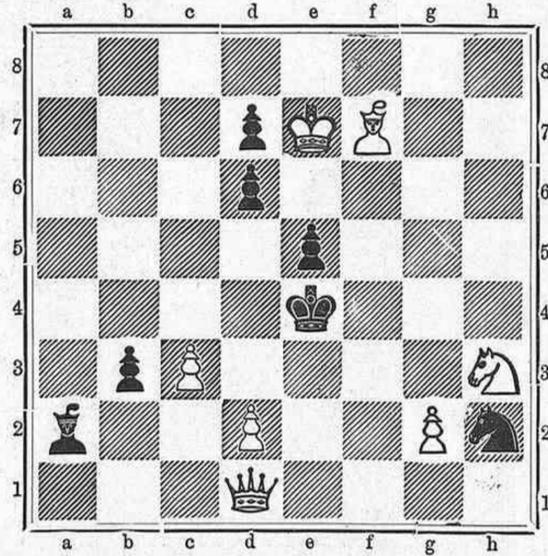
En el mismo teatro ha dado dos conciertos el eminente pianista Risler, con la cooperación del maestro Granados y de una orquesta dirigida por el Sr. Crickboom. Risler tocó solo, de una manera admirable, las sonatas en *do* menor y en *fa* me-

nor de Beethoven, unos fragmentos de Schumann, varias piezas de Chopin y el *Coro de las hilanderas*, de *El buque fantasma*, de Wagner-Listz; en unión de Granados, á dos pianos, el poema *Orfeo*, de Listz; unas variaciones de Schumann, tres vales románticos de Chabrier y unas variaciones de Saint-Saens sobre un tema de Beethoven; y en unión de Granados y con acompañamiento de la orquesta el concierto en *mi* bemol de Mozart, *Cadencias* de R. Hahn y el concierto en *sol* mayor de Beethoven. Todas estas piezas fueron entusiastamente aplaudidas, siendo Risler objeto de continuas ovaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 424, POR V. MARÍN.

NEGRAS (7 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 423, POR V. MARÍN.

- | | |
|----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Ta6-a2 | 1. e3-e2 |
| 2. Db2-d4 | 2. Cualquiera. |
| 3. T ó D mate. | |

VARIANTES

- | | |
|-----------------|-----------------------|
| 1..... A juega; | 2. Db2-b4, etc. |
| C juega; | 2. Db2-a3, etc. |
| Re6-e7; | 2. Db2xe5 jaque, etc. |
| c4-c3; | 2. Db2xb3 jaque, etc. |

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 20, 21 ITALIENS, PARIS.

EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONCLUSIÓN)

Vera miró al conde fijamente un momento, y pareció vacilar; pero después su rostro recobró la misma expresión fría de antes, y la princesa saludó y salió del palco. El primer impulso de Fedovsky fué seguirla, pero reflexionó que fácilmente averiguaría sus señas, y en su consecuencia dirigióse á su alojamiento.

Al pasar por delante del despacho del hotel, el dependiente le entregó un telegrama procedente de la Inspección Central de Nueva York; guardólo en el bolsillo y subió á su habitación. Apenas hubo entrado, volvió á cerrar la puerta con llave, se quitó la levita y el sombrero, y sentándose ante su pupitre, abrió el cajón en que había puesto el parte para Byrnes sin concluir, dejando allí también los valores falsos, atravesados por el cuchillo de Bolan.

¡El cajón estaba vacío!

Fedovsky dió un salto en su silla, mudo de estupor, esperando ver el ladrón en la estancia; pero allí no había nadie; después acercóse á la puerta para examinar la cerradura, y tampoco observó señales de que la hubiesen forzado. En cuanto á las ventanas, estaban cerradas interiormente. Entonces miró más atentamente la cerradura del cajón, que no podía ser abierta con más llave que la suya, y sólo vió una ligera raya en el borde, semejante á un arañazo. No obstante, alguien debía haberse introducido en la habitación durante su ausencia y había robado los papeles, así como el informe, en el que detallaba minuciosamente todo cuanto había hecho hasta entonces y se proponía hacer para capturar á los falsificadores.

¡El secreto se había descubierto!

Fedovsky se hundió en su sillón, aturcido y consternado, y entonces resonaron en sus oídos las últimas palabras del inspector Byrnes: «Tendrá usted que luchar contra los criminales más diestros y desesperados del mundo.»

XXII

UNA SORPRESA

No tardó Fedovsky en echar de ver que sería inútil esforzarse para recobrar sus papeles; su informe al inspector Byrnes se había leído ya; y el papel falso, del todo inútil, estaría destruido. Además, si apelaba á la policía, sería imposible ocultar el verdadero carácter de su misión, y aunque los falsificadores le conociesen, pues no podía dudarse que ellos habían cometido el robo, nada se adelantaba con dar más publicidad á los hechos.

Al reflexionar que el inspector Byrnes había depositado en él toda su confianza, y que iba á responder á ella con una decepción, Fedovsky experimentó el más profundo disgusto, pues no sólo se había frustrado su empresa, sino que ni siquiera le había sido posible hacer nada contra los falsificadores.

En medio de su meditación se acordó del telegrama que estaba en su bolsillo y que aún no había leído. No sin cierta inquietud le abrió, y según esperaba, vió que era del inspector Byrnes; estaba ci-

frado de la manera convenida con Fedovsky, y con la clave pudo éste leer sin dificultad.

Después de dar algunas instrucciones sobre asuntos secundarios, el parte decía lo siguiente: «La

—¿Cuál es su nombre?

—Dice que se llama Herr Bolan.

—¡Bolan!, repitió Fedovsky mudo de asombro; sin duda se equivoca usted.

Y después de reflexionar un momento, haciendo mil suposiciones diversas, mandó al criado que dejara subir al hombre.

Entre tanto Fedovsky se acercó á su mesa, sacó el revólver del bolsillo, dejólo sobre el pupitre, y permaneció en pie, con el arma á su alcance. Un momento después llamaron de nuevo.

—¡Adelante!, dijo el conde.

La puerta se abrió, y Fedovsky vió en el umbral un hombre de escasa estatura y de formas pesadas; el individuo se adelantó, descubrióse y miró fijamente al conde. Entonces, uno y otro profirieron un grito de alegría y abrazáronse estrechamente.

—¡Tomás, Tomás!, exclamó Fedovsky. ¿Es posible que seas tú?, añadió estrechándole ambas manos, mientras que las lágrimas se agolpaban á sus ojos. Creí que estabas muerto... ó que me habías abandonado; pero de todos modos, no esperaba verte más.

—Sí, bien podía haber muerto, contestó el fiel criado, pero más que esto se necesitaría para que yo abandonase á usted. Cuatro meses hace que le busco, y aunque mis pesquisas hubiesen durado cien años no habría renunciado á ellas. Serví al padre y después al hijo, y nada me induciría á separarme de usted.

—Pero ¿dónde has estado? ¿Qué ha sido de ti desde aquel día que me dejaste?..

—¡Sí, vaya un día! Yo esperaba encontrar á mi hermano, que debía proporcionarme una buena colocación; mas creo que es mejor para mí no haberle visto, á juzgar por lo que después he oído decir de él. A ningún hombre que sea un ladrón y un perdido le reconoceré por hermano, aunque lleve el mismo nombre.

—¿Conque no le encontraste?

—No, señor; yo debía verle en Brooklyn, y hube de embarcarme para cruzar el río; á bordo iba mucha gente, y me puse en primera línea á fin de ser el primero que saltase cuando llegásemos á la orilla opuesta. Cuando el bote estuvo á cinco pies de distancia, quise pasar á tierra de un brinco, pero resbalé y caí al agua; la corriente me arrastró hasta la hélice del barco que nos había conducido, y recibí en la cabeza un golpe tremendo, tanto que durante seis semanas no supe más de lo que me había sucedido.

—¡Seis semanas! Supongo que no estarías en el agua todo este tiempo...

—¡Eso no! Me sacaron muy pronto, y extrajéronme el líquido; pero como se ignoraba quién era yo ó de dónde venía, condujéronme al hospital. Estaba como tonto, y sordo como una tapia; de modo que no recordaba lo que hice ni lo que dije; y no pudiéndose identificar mi persona, tratábase ya de enviarme al asilo, cuando uno de los médicos tuvo la feliz idea de examinarme el cráneo; vió que un fragmento de hueso había caído dentro, lo extrajo sin mucha dificultad, y tan pronto como hubo hecho esto recobré el espíritu y la razón. Lo primero



... y permaneció en pie con el arma á su alcance...

confianza de usted será solicitada por los que son menos dignos de obtenerla. Piense usted bien sobre todas las personas que ha encontrado, y sospeche de aquellas de quienes menos parece que se ha de recelar. A menos de que se descargue pronto el golpe, será demasiado tarde. Dirija usted su vista hacia Italia; si en algún punto se llega al desenlace, seguramente será allí.»

«Sentado ante su pupitre en Nueva York—dijese Fedovsky—más sabe Byrnes sobre los falsificadores que yo entre ellos. El único error que cometió fué encargarme á mí de la persecución. No comprendió que yo era un tonto. ¿Qué dirá cuando sepa que no he conseguido nada? Mejor hubiera sido para mí arrojarme al río, como tenía intención de hacerlo. He causado un perjuicio en vez de hacer un bien, y no veo manera de remediarlo. Vera tenía razón..., más vale volver antes de incurrir en nuevas torpezas. En cuanto á Serafina..., bien, por lo menos, puedo felicitarla de no haberla conducido á la miseria...»

En aquel momento llamaron á la puerta; Fedovsky abrió al punto, y el criado le dijo que abajo había un individuo que deseaba hablar al conde.

que hizo fué preguntar quién me había sacado del río...

Al decir esto, Tomás se interrumpió para soltar la carcajada, y el conde no pudo menos de reirse también.

—Entre los médicos y otras personas que había allí, continuó Tomás, hicieron un guante que me valió veinte duros; entregáronme el dinero, y marché al punto á Nueva York para buscar á usted; mas no le encontraba por ninguna parte. Entonces pensé que tal vez la policía me daría razón, presentéme en la oficina y fuí recibido por el inspector. ¡Qué hombre tan cumplido!.. ¡Ah! Es todo un caballero.

—Seguramente, dijo el conde dejando escapar un suspiro. ¿Y te dió el informe que deseabas?

—Me interrogó hábilmente; y cuando supo quién era y se enteró de todos los pormenores respecto á mi situación, díjome que lo que podía hacer era quedarme donde estaba, porque usted había ido á Europa y era muy posible que no regresase hasta la primavera próxima. «Sin embargo, añadió, como pareces ser hombre muy listo y despejado, tal vez pueda ocuparte en alguna cosa en mi oficina.» Yo le contesté que no podía esperar; que á toda costa debía buscar á usted, y que me embarcaría en el primer vapor que saliese. «¿Y cómo pagarás tu pasaje?», preguntóme.—¡Oh!, contesté, trabajaré en la maniobra para ganar lo necesario, pues no en balde he sido marinerito.» El inspector se sonrió y díjome que volviera al día siguiente; fuí á la hora señalada, y me dió una buena noticia; había encontrado colocación para mí como camarero á bordo de uno de los grandes buques que van al Havre, y que iba á salir dos días después; díome además cinco duros, y al despedirme se mostró muy afable. «Supongo, dijo, que tu amo se alegrará mucho de volver á verte, Tomás.» Sumamente agradecido á su bondad, díle repetidas gracias y empuñé el viaje. En fin, para concluir pronto, heme aquí, loco de contento por haber encontrado á usted.

—Yo también me alegro mucho de tenerte aquí, contestó Fedovsky; pero has llegado en lo que será tal vez la hora más desgraciada de mi vida, puesto que de nada puedo servirte, ni á ti ni á nadie.

—No he venido yo para que usted me sirva, señor, contestó Tomás ruborizándose un poco. Tal vez yo presuma demasiado, pero tengo la idea de que me será posible ser útil para usted en el asunto que trae entre manos.

—¿De qué asunto hablas?, preguntó Fedovsky con aire de sorpresa.

—Mire usted, señor, dijo el criado inclinándose sobre la mesa y bajando la voz. Ahora sé que fuí un tonto en Nueva York, y que no comprendí cómo debía usted proceder; le dí á usted un mal consejo, según veo ahora, y lo siento mucho; pero en el asunto á que me refiero es distinto, y sé por dónde ando. Usted trata de prestar un servicio al inspector Byrnes... ¿no es así?

—Pero ¿por qué te figuras eso? ¿Qué podría yo hacer para él?

—En primer lugar, yo me pregunté cómo era que el inspector sabía tanto acerca del señor conde, hallándose éste en Europa; después oí hablar de una pandilla de falsificadores que andaban por aquí; y por último, buscándole á usted, supe que siempre había estado donde ellos, deduciendo de todas estas observaciones que usted iba en su persecución. Creo que no me dirá lo contrario.

—No lo niego, Tomás, repuso el conde con triste sonrisa. Todo el mundo conoce mis asuntos mejor que yo mismo, y no hay razón para que haga de esto un secreto tratándose de un hombre tan fiel como tú. Sí, soy individuo del servicio secreto, y tengo por misión prender al jefe de los falsificadores; mas he procedido de tal manera, que todos éstos conocen mis designios, y hasta han entrado esta noche en mi habitación mientras yo estaba fuera, y han abstraído de mi cajón el informe que debía enviar á Byrnes.

—¿Eso han hecho, señor? ¿Y quién puede ser el ladrón?

—No tengo la menor idea. Pensé haber dado con uno de los falsificadores, que era tu propio hermano, Tomás, el mismo de quien tanto esperabas. Tuve una entrevista con él esta tarde; trató de estrangularme, y le arrojé por el escotillón del escenario. Ahora está en manos del inspector de policía; pero aunque sea un ladrón, me inclino á creer que no está relacionado con los falsificadores.

—¿Qué le induce á usted á pensar así?, preguntó Tomás.

—Algo que me dijo un conocido mío..., ese Williams, que tú y yo vimos el año pasado en Monte Carlo.

—¡Ah, ese tunante!, exclamó Tomás con expresión de disgusto.

—Te habías equivocado respecto á él, dijo el conde; no es la misma persona que te trapeó en Nueva York.

Y el conde refirió á un criado todos los pormenores de su visita con el Sr. Williams al inspector de policía, detallándole lo que aquél dijo é hizo para apoyar su identidad.

Tomás, que escuchaba atentamente, movió la cabeza cuando el conde hubo concluido.

—¿Y usted cree en todo eso, señor?, preguntó. ¡Pues yo no; todo eso es un tejido de embustes desde el principio hasta el fin! ¿De dónde sacó él todos esos papeles para probar que era Williams y no Willis? ¿No es por ventura un falsario? ¿Y para qué sirve un hombre de esa especie sino para falsificar? ¡Todos esos papeles, cartas, recibos, pasaportes y hasta la carta de crédito, eran obra suya, papel falso! ¡Vamos, sus manejos son bien claros... y se comprenden perfectamente! ¡Ese hombre es quien abrió el pupitre de usted esta noche y sustrajo los papeles!

—¡Eso es imposible, Tomás! El Sr. Williams está en Colonia ahora.

—¡En Colonia!.. Pues debe viajar muy de prisa, porque apenas hace media hora que le vi á un cuarto de milla de esta casa.

—¿Cómo es eso?... ¿Tú le has visto?

—Tan claramente como le veo á usted en este momento; y seguramente no hacía ninguna cosa buena. Voy á decirle á usted cómo pasó. Yo llegué á esta ciudad seis horas hace, y perdí dos en correr de un lado á otro para averiguar en qué hotel se hospedaba. Cuando supe que era el de Bellevue vine aquí al punto, pregunté por usted, y contestáronme que estaba ausente y no volvería hasta más tarde. Resuelto á esperar, comencé á pasearme de un lado á otro, y á poco vi aparecer un hombre pequeño, de expresión inteligente, que pasando por delante de mí, entró en el hotel y habló con el portero; ignoro lo que le dijo, pero éste contestó: «No, señor, el conde ha ido al teatro y no volverá antes de las nueve.» Entonces el hombre dió las gracias y se marchó. Picóme la curiosidad por saber para qué buscaba al señor conde; y como yo no tenía nada en qué ocuparme, fuí en seguimiento del individuo, que después de cruzar la plaza, introdujose por una calle lateral y se detuvo al fin frente á una casa, donde entró un momento después. Enfrente había un estanco, entré á comprar tabaco, y dí conversación al expendedor, mirando al mismo tiempo al otro lado de la calle. A los diez minutos salió mi hombre otra vez, aunque á primera vista no le reconocí: se había puesto patillas negras, y en vez del sobretodo un traje muy sucio, como el que usan los mozos de fonda, con su servilleta en el brazo. También observé que llevaba debajo del brazo una caja negra, de un pie de longitud por medio de anchura; parecióme que era de hierro, y vi que tenía la cerradura muy brillante. El hombre andaba á buen paso, como si fuese á cumplir alguna orden, y yo le seguí, deteniéndome delante de todas las tiendas para disimular. Volvió al hotel, pasó por delante de la portería, sin que el conserje le dijera nada, suponiendo sin duda que sería uno de los mozos del establecimiento, y yo permanecí junto al puente, sin apartar la vista de la puerta del hotel. Al poco rato vuelve á salir el hombre, siempre con la caja debajo del brazo, cubierta con la servilleta, y un momento después cruza la plaza, dirigiéndose hacia el arco que conduce al interior de la ciudad. Al llegar al centro se encontró con un hombre que venía por el otro lado; los dos se detienen un momento para hablar, y después cada cual va por su camino; mas el camarero no tenía ya la caja, y su compañero llevaba puesto el sobretodo; seguí á este último, que iba muy de prisa, y pude ver dos cosas: que llevaba un paquete voluminoso bajo la ropa, y que era el amigo de usted..., ¡el Sr. Williams!

XXIII

LA CAJA DE VALORES

Llegado á este punto de su narración, Tomás se interrumpió expresamente y miró con fijeza al conde durante algunos momentos. Fedovsky guardaba silencio y parecía meditar. Tal vez recordaba las palabras del telegrama de Byrnes: «Sospeche usted de aquellos que menos se prestan á la sospecha.»

—Vamos, dijo al fin; y seguiste á ese hombre.

—Claro es que sí, repuso Tomás con aire de satisfacción, y puedo asegurar á usted que no fué muy lejos. No hizo más que cruzar el puente, y una vez

en el otro lado, entrar en el hotel de *Stadt Coln*, que quiere decir ciudad de Colonia.

—A fe mía, Tomás, dijo el conde, que tú aclaras mucho el asunto, y ahora que pienso en lo ocurrido, veo otras razones para creer que el tal Williams tiene que ver en todo esto. Recuerdo también que desde el momento en que pronuncié el nombre del señor Byrnes me ha tratado de una manera muy distinta; y el haberme sugerido la idea de perseguir á tu hermano no tenía sin duda más objeto que echarme tierra en los ojos. Tu hermano no tiene probablemente nada que ver con los falsificadores, y por otra parte, es muy posible que Williams quisiera deshacerse de él. Su propósito sería ponernos uno frente á otro para ver si se libraba de los dos. En tal caso, poco faltó para que se saliera con la suya.

—Yo opino, dijo Tomás, que lo primero que debemos hacer es apoderarnos de la caja de ese hombre, sin duda la de valores, para ver lo que contiene.

—Tal vez sea lo mejor; pero ¿cómo se ha hacer? No puedo penetrar en su habitación, como él lo ha hecho en la mía, sobre todo no estando cierto...

—¡Oh!, interrumpió Tomás, á mí no me cabe la menor duda. Lo que importa es poner la mano sobre la caja, y esto lo haré yo, cueste lo que cueste.

—El inspector, repuso Fedovsky, dice que debemos dirigir la vista á Italia, porque allí se encontrará el desenlace. Valdría la pena averiguar si Williams trata de ir allí, y en tal caso, si pudiéramos hacer el viaje con él, tendríamos más probabilidad de apoderarnos de la caja.

—¡Buena idea!, exclamó Tomás. Naturalmente, ese hombre abandonará la ciudad tan pronto como haya terminado su negocio, y nosotros iremos en el mismo tren. A mí no me conoce, y en cuanto á usted, con una peluca y un par de anteojos le disfrazaré de modo que no pueda reconocerse á sí mismo.

—No entiendo de disfraces, replicó el conde, ni me agradan tampoco, porque se podrían descubrir, ó por lo menos sospechase.

—Eso sería cierto si tuviera usted precisión de obrar y hablar; pero si permanece sentado y silencioso, el disfraz es tan seguro como una iglesia, y evita contratiempos. Sí, señor, el plan es bueno; y como esos hombres se mueven tan rápidamente, cuanto antes hagamos los preparativos mejor será.

—¡Perfectamente, Tomás, veamos lo que se puede hacer!, exclamó el conde, desechando todas sus dudas y poniéndose en pie. Yo estaba á punto de renunciar á la empresa cuando llegaste, y volver á Nueva York para confesar mi derrota; mas ahora estoy resuelto á llegar al fin, y no quedará por hacer cuanto sea posible á un hombre. Mis torpezas han sido causa de que las dificultades fueran mucho mayores que al principio, pero tú me ayudarás y venceremos.

¡Muy bien dicho!, exclamó Tomás restregándose las manos. Basta que usted cobre aliento y nuevos bríos, y que yo ponga de mi parte cuanto es posible para que no se burlen de nosotros esos bribones. Ya puede usted darme sus órdenes.

—Lo primero que has de hacer es ir al alojamiento de Williams y averiguar si trata de marcharse, y cuál es la línea que tomará. Yo entre tanto prepararé el equipaje y tendré un coche dispuesto para ponernos en marcha cuando llegue el momento. Es preciso tomar el mismo tren que Williams, y no perderle ya de vista.

No será necesario entrar en detalles sobre los incidentes de aquella noche. Baste decir que Williams salió de su alojamiento al amanecer, llevando una maleta, una balija y un gran paquete de pañuelos, lo cual colocó en el coche que le esperaba, dando orden de que le condujeran á la estación del camino de hierro de Neustadt. Allí se encontró con un hombrecillo, cuyas señas personales convenían con la descripción que Tomás había hecho del misterioso camarero, y después de hablar con él breves momentos, dejóle en el tren, dándole la maleta. Entonces Williams con su balija y los pañuelos tomó otro coche de alquiler y cruzó el puente para trasladarse al lado opuesto de la ciudad, mandó al cochero dirigirse á la estación de la línea del Sud, y poco antes de marchar el tren subió á un coche de primera clase. Sin duda no fijó su atención en un caballero, al parecer achacoso, que llevaba anteojos azules y el cabello muy largo, y que ocupó el coche inmediato al suyo, juntamente con un hombre de fornidas formas, que con sus patillas de chuleta y su rostro colorado tenía todo el aspecto de un inglés. A los pocos minutos resonó la última campanada que anunciaba la salida, y el tren se puso en movimiento majestuosamente.

Mientras que corría á lo largo de las magníficas orillas del Elba, el caballero inválido y el inglés se aproximaron uno á otro para hablar en voz baja.

—Todo ha salido á pedir de boca, señor, dijo Tomás; Williams está en el carruaje inmediato y no sospecha de nosotros. Ahora la cuestión se reduce á saber si lleva la caja en la balija ó si la puso en la maleta que entregó al otro hombre.

—Si la caja tiene el valor que nosotros suponemos, contestó el conde, no es de presumir que se haya desprendido de ella. Seguramente la tiene consigo en el carruaje; y lo que nosotros necesitamos es examinarla sin que él sepa que lo hemos hecho.

—¡Sin que él lo sepa!, repitió Tomás con expresión de asombro. Eso no será tan fácil. Sin embargo, está solo, y tal vez pudiéramos introducirnos en su carruaje, atarle y examinar los efectos que lleva...

—En primer lugar, probablemente está armado y

Un poco más lejos el tren comenzó á disminuir su velocidad, indicando con esto que iba á detenerse. Tomás había asomado la cabeza por la ventanilla, é hizo señas al conductor para que abriese la portezuela. Hízose así, y apenas se hubo detenido el tren, el criado saltó y desapareció muy pronto por la sala de descanso.

Sucesivamente abriéronse las portezuelas de los demás coches, y Fedovsky vió á Williams salir y detenerse enfrente de su coche, sin duda para vigilar lo que allí tenía. Transcurrió un minuto, y después otro, y ya iba á extinguirse el tercero, cuando de pronto llegó un mozo de la estación, que mirando todos los coches uno después de otro, no se detuvo hasta llegar al de Williams; entonces acercóse á éste y le entregó una carta sellada. Williams

posición para realizar el resto del plan proyectado.

—¿Te ha ocurrido alguna dificultad con él?, preguntó Fedovsky á su criado.

—Todo salió á medida de nuestro deseo, señor, contestó Tomás con aire satisfecho. Por cinco duros induje á un mozo á conducir á Williams al cuarto de los equipajes y dar después á la llave para que no saliera. Díjele que se trataba de una broma; que se había apostado á que mi hombre no llegaría á Colonia antes de la tarde; que viajaba con nosotros, y que nos cuidaríamos de su equipaje. El mozo se dejó convencer, y ya sabe usted lo demás.

Mientras Tomás decía esto, Fedovsky se quitaba la peluca, las gafas y el sobretodo, quedando con una americana ceñida que realizaba sus aventajadas formas. La ventanilla del coche bien abierta, deja-



Y con las manos temblorosas comenzó á desatar el lío...

se resistiría; y en segundo, es indispensable que no sospeche que alguien ha registrado su equipaje. El objeto no es robarle, sino asegurarnos de que es el hombre que nosotros queremos; y yo creo que en esa caja se encontrarán pruebas concluyentes sobre este punto. No debemos intentar nada para detener á ese hombre hasta estar completamente seguros de que no será preciso soltarle otra vez.

—¿Y cómo piensa usted arreglarse, señor?, preguntó el criado.

Fedovsky se acercó más á Tomás, y en voz muy baja comunicóle su plan; discutieron un rato sobre el asunto, y convenidos al fin, cada cual se recostó en su asiento, esperando el momento de obrar.

El tren en que iban era el expreso, y solamente se detenía en las principales estaciones del camino. Después de tocar en la primera, el conductor comenzó á recorrer los coches, pasando por el largo estribo lateral, para revisar por la ventanilla los billetes de los viajeros. Asomó la cabeza por la del coche que ocupaban el conde y su criado, y pasó adelante después de su examen.

—Aplazaremos el plan hasta la estación próxima, dijo Fedovsky; pero no más, porque podría dejar el tren y escaparse otra vez. ¿Tienes la carta preparada?

—Aquí está, contestó Tomás sacándola del bolsillo. Me parece muy bien escrita, porque dice lo suficiente para llamarle la atención, y no contiene nada que pueda inducirle á sospechar.

—Debes estar preparado para saltar del tren apenas lleguemos, dijo el conde, pues los momentos serán preciosos y no podemos perder ninguno.

leyó las señas, miró al mozo, y abriendo la misiva, se enteró de su contenido. Parecía muy breve, mas sin duda era interesante, pues Williams leyó otra vez, vaciló un momento é hizo una señal afirmativa. Entonces Fedovsky, que observaba todo esto, oyóle decir en alemán:

—Haga usted el favor de cuidar de mis efectos un instante mientras voy al salón de descanso.

El mozo consintió en ello, y Williams se alejó presuroso. A los dos minutos, los pasajeros que se habían apeado volvieron á ocupar sus sitios, y ya se iba á dar la señal de marcha: solamente faltaba un minuto.

En aquel momento salió de la sala de espera el hombre de la cara colorada, compañero del que llevaba gafas azules, acercóse con ligereza al mozo encargado de vigilar el coche del viajero ausente y le puso una moneda de plata en la mano.

—El caballero que ocupaba ese coche, dijo, me ha encargado dar á usted esto; continuará su viaje en el otro tren y quiere que en la estación siguiente se entreguen en el almacén los efectos que deja en el coche, para que él pueda recogerlos cuando llegue. Se lo dirá usted así al conductor.

El mozo tenía el dinero en la mano, y como no viese al viajero en cuestión ni hubiera tiempo para hacer observaciones, deslizó la moneda en el bolsillo, cerró la portezuela del coche y fué á cumplir su encargo. Entre tanto, el supuesto inglés había vuelto á ocupar su sitio frente á su compañero, el de los anteojos, y un momento después el tren se puso en marcha.

Los conspiradores tenían así dos horas á su dis-

ba espacio suficiente para el paso de un hombre; y el tren, que iba á toda velocidad, cruzaba en aquel momento por un sitio flanqueado de bosque. El conde sacó una pierna fuera del compartimiento y después la otra; mientras que Tomás, poniendo las manos debajo de sus brazos, le sostuvo hasta que sentó bien los pies en el estribo lateral prolongado. Después, Fedovsky, cogiéndose á los pasamanos, llegó hasta la ventanilla del coche contiguo, que por fortuna estaba abierta, y elevándose á fuerza de brazos á la altura necesaria, introdujose dentro de cabeza. Tomás, que había observado la operación con mucha ansiedad é interés, volvió á sentarse en su sitio.

Sin perder momento, Fedovsky se dispuso á practicar su registro. Llevaba un manojo de llaves de toda especie, y lo único que debía abrir era la balija que Williams había dejado allí con el paquete de pañuelos. Probó algunas de aquéllas en el pequeño candado, pero inútilmente, y ya se disponía á forzarle, cuando al aflojar las correas, la balija se abrió de por sí: el candado no tenía echada la llave.

¿Qué contenía la balija? Poca cosa; algunas camisas y otras prendas de ropa interior, un par de zapatillas, artículos de tocador, una caja de excelentes cigarros, dos novelas, un mapa de Europa y una guía de Italia: no había allí ninguna caja de hierro.

Fedovsky pensó que acababa de cometer otra torpeza, y esta vez verdaderamente fatal. O la caja estaba en la maleta que el otro hombre se llevó, ó bien Williams no tenía nada que ver con ella: la

rente del conde estaba inundada de sudor, por efecto del disgusto que le causaba este nuevo descalabro.

Volvió á sujetar las correas de la balija y arrojóla sobre el asiento; pero como chocase con el paquete de pañuelos, éste cayó en el suelo del carruaje; levantólo para ponerlo en su lugar, y entonces le llamó la atención su considerable peso. Después comenzó á palparlo, y parecióle que había algo sólido en el centro... ¡Sí, allí estaba la codiciada caja!

Era de acero, muy sólida, pintada y barnizada, y cerrábase por uno de esos candados que llaman chinos, compuestos de una serie de discos ó anillos concéntricos que giran sobre una espiga central independientemente unos de otros, teniendo cada cual de ellos una letra. Contábanse cuatro, y colocándolos de modo que formasen una palabra, poniendo las letras en línea, cerrábase y abríase la caja. Como esta última era demasiado fuerte para romperla, no quedaba más remedio sino adivinar la palabra con que se había cerrado; y Fedovsky puso todas las combinaciones de cuatro letras que le ocurrieron; mas ninguno de ellos dió resultado, y al cabo de media hora no había conseguido abrir.

Pero el tiempo pasaba, y el conductor no tardaría en recorrer los coches para examinar los billetes; Fedovsky temía sobre todo que se le encontrase en aquel compartimiento; y ya estaba á punto de darse por vencido, cuando de pronto le ocurrió probar por última vez colocando los anillos de modo que formaran el nombre de VERA. Apenas lo hubo hecho, la caja se abrió. ¡El secreto estaba descubierto!

Fedovsky palideció al pensar que conseguía su triunfo sirviéndose del nombre de la mujer que tanto había amado en otro tiempo. Si el nombre de Vera se usaba como lema de una pandilla de ladrones, no se podía menos de creer que ella era realmente su cómplice. Además, esto explicaba su pasada conducta, y muchas cosas que al conde le habían parecido antes incomprensibles. Sí, Vera era culpable, y por medio de ella se debía descubrir toda la verdad para hacer justicia.

El conde, examinando todo el contenido de la caja, encontró en ella el informe que había escrito para el inspector Byrnes, y otros muchos papeles de valor para los falsificadores, de uno de los cuales tomó notas. Después volvió á dejarlo todo como estaba, ató e llo de pañuelos, y cinco minutos después hallábase de nuevo en su coche.

XXIV

VERA

Ocho días después, un joven modestamente vestido avanzaba lentamente por un camino de las afueras de Florencia. Muy pronto se detuvo delante de una risueña quinta rodeada de jardín, una verja de hierro, con artísticas cinceladuras, precedía á la entrada principal; el joven se acercó á ella y tiró de una campanilla.

A los pocos instantes abrió la puerta una criada, que miró al visitante con aire interrogador; pero éste pronunció algunas palabras que, si bien no parecían una contestación, fueron suficientes para que se le dejase entrar sin obstáculo. Pasando por delante de la sirvienta, el joven penetró en la casa, y dirigióse á una habitación situada á la izquierda. Junto á una ventana abierta, hallábase allí una mujer joven, vuelta de espaldas á la puerta; mas al oír pasos volvió la cabeza lánguidamente; después púsose en pie por un movimiento rápido, y alzando los brazos con expresión de asombro, dejó escapar un agudo grito.

—¡Iván Fedovsky, exclamó, usted aquí!..

—Sí, Vera, ya ve usted que la he seguido.

—¿Cómo ha podido usted franquear la entrada?

—Dando el santo y seña de que otras personas se sirven para ser admitidos en esta casa, contestó Fedovsky tranquilamente.

—Usted no sabe cuál es. ¿Cómo ha podido averiguarlo?

—Por los mismos medios de que me valí para conocer los nombres de Enrique Willis y de los

otros individuos de su pandilla, que tienen su punto de reunión en esta casa, y que conciertan aquí, con usted, sus proyectos de falsificación.

Vera hizo un ademán negativo con la mano, acercóse á una silla y se dejó caer en ella.

—No conozco á semejantes hombres, dijo con voz débil.

—Hace ya largo tiempo que los conoce usted, repuso Fedovsky; y á no haberles escudado la supuesta respetabilidad de usted, y sin la protección que les proporcionó el nombre de usted y su casa, no les habría sido posible llevar á cabo sus planes. Usted es la depositaria de sus secretos y la guardiana de su botín, y pude haberlo sabido mucho antes de



¡El conde tenía entre sus brazos un cadáver!

ahora, pero no quise creer tal cosa; ahora ya no es posible la duda... y por eso estoy aquí.

La expresión del conde era tranquila y severa, y sus palabras indicaban tal seguridad y convicción, que la resistencia de Vera cedió.

—Aunque supiese alguna cosa de esos hombres, dijo, no se desprendería de aquí que yo conozco el daño que puedan haber hecho. Si son los hombres que dice, á mí no me tienen por confidenta.

—Vera, replicó el conde con acento severo, no he venido aquí para argumentar, y sé muy bien lo que hablo; pero usted es mujer, y hubo un tiempo en que la amaba. Un año hace, cuando la encontré en peligro, la hubiera salvado si hubiese querido aceptar mi protección; pero aún entonces tenía usted demasiado apego á su vergonzoso género de vida para aceptar mi oferta. No vengo á repetirla hoy; pero le queda á usted una probabilidad para no consumir su perdición, revelando lo que aún puede ser obscuro respecto á sus cómplices y á sus designios; pero esa revelación ha de ser inmediata y completa.

—¿Y qué derecho tiene usted para imponerme semejante condición?

—Bien sabe usted cuál es, puesto que ha leído los papeles que me sustrajeron del cajón de la mesa en Dresde, y que se entregaron á Willis ó Williams, si él prefiere que se le llame así. También conoce usted otros incidentes ocurridos allí, y tomó parte en la trama para hacerme asesinar por otro amigo de usted... Carlos Bolan.

—¡Es falso!, exclamó Vera con impetuosa vehemencia incorporándose en parte y volviendo á dejarse caer en su silla; él fué quien fraguó esa trama,

y yo no supe la menor cosa hasta después. Desconfiaba de usted y le temía, y quiso apartarle de su camino por mano del hombre de quien también deseaba deshacerse. Apenas supe lo sucedido, amenacé denunciarle, y cuando después me habló usted en el teatro, procuré por todos los medios inducirle á renunciar á su misión. Hice esto en obsequio de usted, no en beneficio de ellos, y si hubieran sabido esto, tal vez me habría costado la vida.

—¿Y cómo podría usted garantizarme que eso es verdad? En Mónaco me refirió usted una historia sobre su casamiento con un príncipe ruso. ¿Es cierto también?

—No, contestó Vera bajando la cabeza; pero me obligaron á decirlo así, y yo era impotente contra ellos.

—¿Cómo pudo ser eso?, preguntó el conde fríamente.

—Usted me juzga mal, dijo enjugando con sus dedos trémulos las lágrimas que caían de sus ojos, pues no soy tan vil como supone. El hombre con quien me unieron forzosamente, por voluntad del padre de usted, no se limitó á robar en los dominios de éste, sino que cometió otros crímenes, los cuales no pudo ocultarme. Al fin, concertándose con otros, llevó á cabo una estafa por valor de cien mil duros; le prendieron y probóse su delito, pero no se le encontró la suma; sus cómplices me la habían confiado, y ayudaronme después á escapar. Algún tiempo después, todos los ladrones fueron capturados, excepto uno, y este es el hombre que usted encontró en Mónaco. Conocía mi secreto, y de esto se valió para someterme á su voluntad; de modo que debía obedecerle en todo. Poco á poco, acostumbrándome á esta vida, dejé de pensar y de sentir. Solamente una cosa podía librar de la degradación, y bien me crea usted ó no, la conservé, y si me hubiera ido con usted para casarme, aquella noche en que me lo propuso, no habría tenido nada de que avergonzarme. ¡Era asociada y cómplice de ladrones; pero como mujer, Iván Fedovsky, soy pura!

—Lo espero así, y me complazco en creerlo, contestó el conde con expresión grave; pero no he venido aquí para hablar de esto. Es preciso que me diga usted todo cuanto sepa sobre los planes y actos de esos hombres respecto á sus falsificaciones en este país y en América; y sobre todo que me facilite pruebas para demostrar que Enrique Willis es el jefe y promovedor del crimen.

—¿Y si rehúso?, repuso Vera frunciendo el ceño.

—En tal caso, nada podré hacer por usted, y habrá de atenerse á las consecuencias, como todos los demás.

—¿Y cuáles serían las consecuencias para mí? ¿Cree usted que mi vida es tan agradable que me esforzaría para conservarla? ¿No le parece á usted que podría complacerme más contrariar al hombre que en otro tiempo hubiera besado la tierra que yo pisaba, y que ahora viene aquí para ultrajarme?

—El amor de mi juventud es todavía sagrado para mí, Vera, dijo el conde con expresión solemne, por más que después haya experimentado una pasión más elevada y más profunda. Jamás olvidaré lo que usted fué, ni la vitupero por lo que ahora es, pues la considero víctima de circunstancias que no tuvo fuerzas para vencer; pero de todos modos, ni usted misma desearía, en la situación presente, que hubiese entre nosotros más íntimas relaciones. Hemos vivido muy separados, y ahora... solamente la tumba podrá reunirnos otra vez. No estoy sometido á usted como en otra época; mas no por eso dejo de experimentar todos los sentimientos honrosos que la mujer puede infundir al hombre; y estoy resuelto á proteger á usted, mientras no falte á la justicia.

—Muy bien, repuso Vera; supongo que debo dar á usted las gracias por la rectitud de su proceder; pero tal vez, añadió fijando en el conde una extraña mirada, aún hallaría medios, si yo quisiera tomarme tal molestia, para hacerle olvidar, al menos por algunas horas, á la intachable joven que, según deduzco de las palabras de usted, tiene la fortuna de merecer sus consideraciones. No importa... usted busca informes, aunque ya sabe tanto, que apenas puede esperar que yo le diga nada nuevo...

Vera se interrumpió y oprimióse la cabeza con las manos.

—Siempre había presentado un desenlace como este, continuó con una voz entrecortada por la emoción que conmovió á Fedovsky profundamente, y no diré que no me alegro de ello, pues llega un día en que al fin repugna vivir en la incertidumbre y la excitación, en medio de falsedades y traiciones, aunque siempre me han dispensado todas las consideraciones posibles. ¿Piensa usted casarse, Iván?

—No tengo muchas esperanzas, contestó el conde, sorprendido por esta pregunta intempestiva.

—Yo espero que sí, y también que será dichoso. Usted y yo hubiéramos podido ser felices si no hubiesen mediado circunstancias tan enojosas; mas ahora, como usted ha dicho antes, ya no está en lo posible. ¡Yo estoy destinada á las sombras!.

Al decir esto, Vera inclinó la cabeza y entregóse al parecer á una sombría meditación.

—A propósito, dijo al fin reponiéndose y con acento tranquilo, creo que este último año no contaba usted con suficientes recursos; y he oído decir que le habían confiscado sus bienes. ¿No ha hecho ninguna indagación sobre este asunto?

—Nadie se mete en la boca del lobo, dijo el conde, para probar la fuerza de sus dientes.

—Pues un poco de curiosidad es á veces muy útil, repuso Vera. Si usted hubiera practicado averiguaciones, tal vez habría sabido cosas muy propias para sorprenderle. ¿Qué diría usted si yo le asegurase que las cartas que recibió anunciándole la confiscación no eran sino una artimaña de varios conocidos míos..., del Sr. Strogello y algunos otros?.. Ellos pensaban que si conseguían hacerle creer á usted que había perdido sus bienes, tal vez les fuera posible persuadir después al gobierno ruso de que eran los herederos designados por usted.

—A esto contestaría yo que lo dudo.

—¡Oh! Es usted muy incrédulo; pero le digo la pura verdad. El gobierno rehusó hacer entrega alguna, y los bienes serán de usted cuando quiera reclamarlos. Reciba esta noticia como mi regalo de

boda; y he aquí como en medio de su dicha y prosperidad deberá usted acordarse de mí...

—¿Es eso realmente verdad, Vera?.., comenzó á decir el conde.

—Sí, interrumpió Vera; pero no me dé usted las gracias, pues no hago más que poner mis cosas en orden antes de abandonar esta casa y substraerme de un peso que me agobia. Ahora desea usted una prueba contra Enrique Willis..., ¿no es así?

Fedovsky hizo una señal afirmativa.

—¡Pues bien..., yo le odio!.. Me ha tiranizado siempre, cerrándome todo camino para enmendarme, y ha hecho de mí lo que soy. ¡He sido su esclava, y él mi ruina! Y ahora, teniendo una oportunidad para vengarme, ¿no es natural que la aproveche?

—Sería extraño que no lo hiciese usted.

En aquel momento, Vera tenía los ojos brillantes; un vivo carmín coloreaba sus mejillas, y su ademán era majestuoso. Jamás le había parecido al conde tan hermosa y temible.

—¡Pues bien, exclamó prorrumpiendo en una carcajada, me complace ser extraña, y quiero serlo una vez más!.. No le diré á usted nada de Enrique Willis..., era mi cómplice, confiaba en mí... y no le venderé. ¡Cójale usted, si puede..., yo espero que lo consiga..., y entonces ajústele las cuentas; pero no se dirá nunca que yo ayudé á prenderle!; Yo me voy!

Vera se levantó al decir esto é hizo una señal de despedida; Fedovsky, que se había levantado también, no adivinaba cuál era su intención; pero de pronto la vió inclinar la cabeza y oprimir sus manos contra la boca, notando después un movimiento en su garganta, como si tragara alguna cosa. Entonces lo comprendió todo, y precipitóse hacia Vera para cortarle la acción; mas ya era tarde.

Mientras la sostenía en sus brazos, con la cabeza apoyada en su hombro, Vera le miró fijamente, y la extraña sonrisa de antes entreabrió sus labios una vez más. Después cerró los ojos; de su pecho se escapó un suspiro, y su cuerpo quedó inmóvil.

¡El conde tenía entre sus brazos un cadáver!

Las pruebas que Fedovsky había acumulado ya eran suficientes para sus fines, y los papeles y efectos encontrados en casa de Vera apenas se creyeron necesarios para confirmarlas. Willis fué detenido á la mañana siguiente en su alojamiento, y ante la evidencia de los cargos que resultaban contra él, hizo al fin una confesión completa de sus delitos desde el principio hasta el fin, denunciando á sus cómplices, todos los cuales sufrieron las penas á que se les condenó. Esta confesión se escribió después, y una copia se conserva en el archivo secreto de la Inspección Central de Nueva York, considerándose como el documento más notable de esa especie que existe actualmente, sobre todo porque pone de relieve la sagacidad y perspicacia del jefe de policía Byrnes, que supo dar fin de una temible pandilla de falsarios.

Se necesitaría otro volumen para referir cómo el conde Fedovsky recobró sus dominios; cómo volvió á Nueva York para presentar su informe, á la vez que su dimisión de oficial del servicio secreto; y cómo buscó á Serafina Vanderblich, á quien halló al fin dedicada á la enseñanza en una escuela pública con el sueldo de seiscientos duros anuales. Su padre había perdido en parte la razón á causa de la quiebra que sufrió, y su hijo ocupaba una plaza de escribiente en casa del mismo hombre que más había contribuido á la ruina de aquél.

Fedovsky y Serafina se casaron, y disfrutaban de toda la felicidad que á los mortales es dado alcanzar, de la cual participa el fiel Tomás. Serafina dice á veces que todo lo deben al inspector Byrnes, y el conde lo reconoce también así; pero cuando piensa en ello, un recuerdo triste y doloroso cruza por su mente: es el recuerdo de una mujer generosa y desgraciada que en otro tiempo le amó; y cuando eleva al cielo alguna oración, nunca deja de pronunciar el nombre de Vera.

TRADUCCIÓN DE E. L. DE VERNEUIL.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
EXIGIR LA SIGNATURE
de **BLANCARD**
APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES

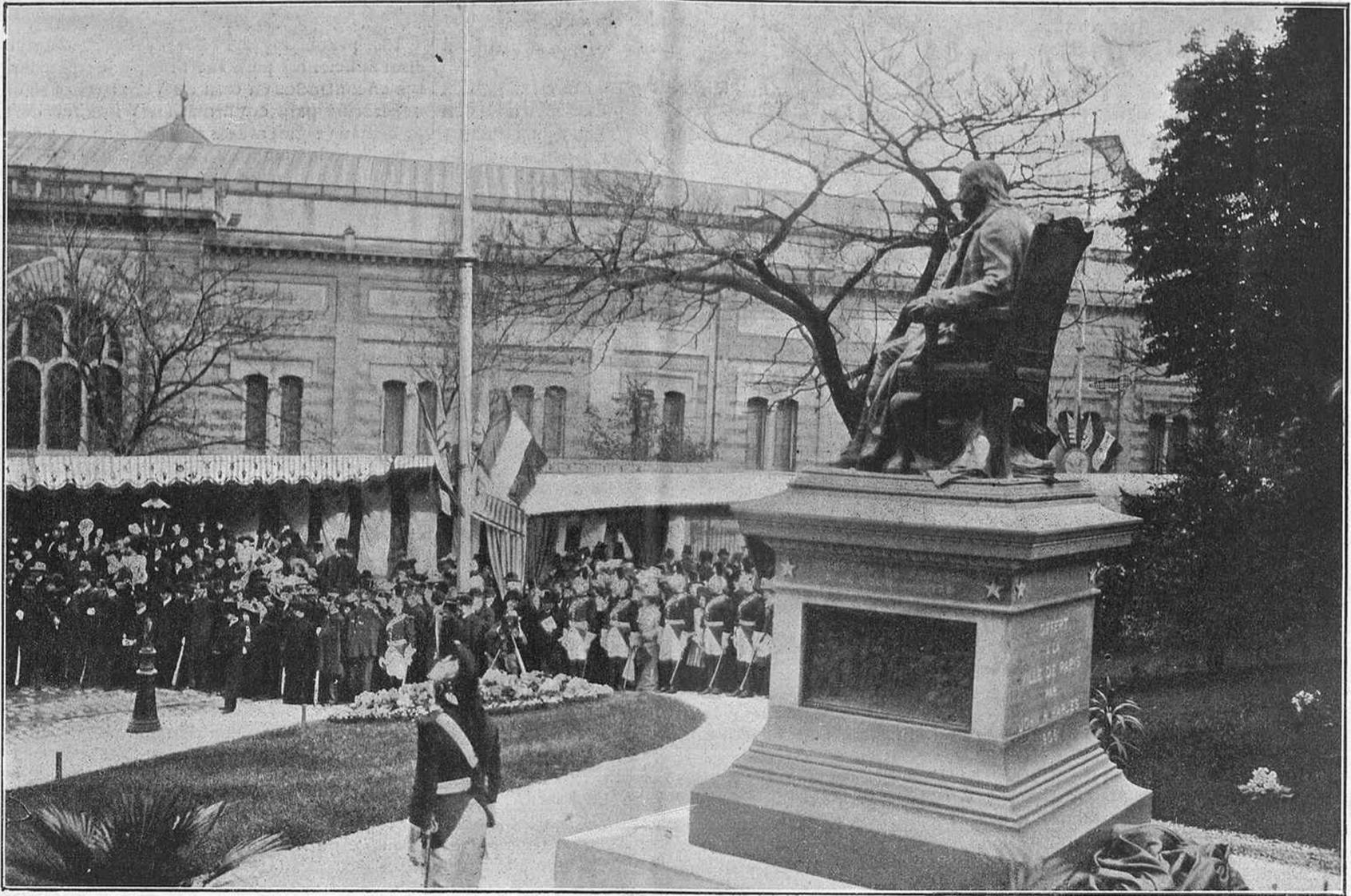
Depósito: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, Paris.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS SEÑORES JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOGES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. B^o St-Denis 46

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas,
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

HARINA LACTEADA NESTLÉ
Contiene la mejor leche de vaca.
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.



PARÍS. — INAUGURACIÓN, EN 27 DE ABRIL ÚLTIMO, DE LA ESTATUA DE FRANKLIN, OBRA DE JOHN J. DOYLE, REGALADA Á LA CIUDAD DE PARÍS POR MR. JOHN HARJES (De fotografía de Branger y C.^{as})

En el salón de fiestas del Trocadero de París celebróse el día 27 de abril último la ceremonia conmemorativa á la vez del segundo centenario del natalicio de Benjamín Franklin y de la inauguración de la estatua de ese héroe de la independencia de los Estados Unidos, regalada á la capital de Francia por Mr. John Harjes. Fué una grande é imponente manifestación franco-americana, á la que asistieron la colonia yanqui, presidida por su embajador, y muchas notabilidades francesas; el gobierno estuvo representado por los Sres. Bourgeois, Etienne y Barthou.

Pronunciaron elocuentes discursos el embajador de los Estados Unidos Mr. Smith, enviado especial del gobierno norteamericano, M. Barthou y el donador del monumento. Terminada esta parte de la fiesta, los concurrentes se dirigieron al lugar en donde se alza la estatua de Franklin, á la entrada de la calle de su nombre, en donde peroraron los Sres. Chautard y Autrand.

El monumento, notable obra del escultor norteamericano John J. Doyle, representa á Franklin sentado y en actitud pensativa; en el pedestal, dos bajos relieves reproducen la recepción de Franklin por Luis XVI el uno, y el otro el acto de la firma de la paz entre Inglaterra y los Estados Unidos. En la cara de delante se ve el águila norteamericana y debajo de ella se leen estas palabras de Mirabeau: «Ese genio que libertó á América y derramó sobre Europa torrentes de luz. El sabio á quien reclaman dos mundos.» En la cara posterior hay la siguiente inscripción: «Regalado á la ciudad de París por John Harjes. 1906.»

◀ **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD** Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE** ▶
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
MARCA DE FABRICA
REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

APIOLINA CHAPOTEAUT

SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILAVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN